

**APERTURA DEL
PROCESO DE CANONIZACIÓN
DEL SIERVO DE DIOS
JOSÉ RIVERA RAMÍREZ.**

Toledo, 21 de Noviembre de 1998.

CONTENIDO

1.- Presentación

2.- Instancia del Postulador solicitando
la Apertura del Proceso de Canonización del Siervo de Dios
José Rivera Ramírez, sacerdote

3.- Carta Pastoral del Sr. Arzobispo anunciando
la Apertura del Proceso de Canonización

4.- "Recibir la gracia":
Apertura en la Iglesia de un Proceso de Canonización

5.- "Enamorado sólo de Cristo":
Clave espiritual de D. José Rivera

6.- Homilía del Sr. Arzobispo. Misa del Espíritu Santo
en la Apertura del Proceso de Canonización
del Siervo de Dios José Rivera Ramírez

7.- Breve biografía del Siervo de Dios José Rivera

1.- PRESENTACIÓN

*D. Fernando Fdz. de Bobadilla y Lassaletta,
Vicepostulador de la Causa.*

PRESENTACIÓN

Quienes hemos participado en la preparación previa y en la apertura del Proceso de Canonización del Siervo de Dios José Rivera Ramírez, sacerdote diocesano de Toledo, el pasado día 21 de Noviembre, sabemos que ha sido un momento fuerte de gracia y de esperanza. Muchas personas se han dirigido a la "Fundación José Rivera" preguntando si iba a ser editado algún Boletín Informativo y si era posible recoger en alguna publicación los textos de las conferencias preparatorias y de la homilía del Sr. Arzobispo. A esto obedece la edición del presente Cuaderno.

A la hora de distribuir los apartados o capítulos hemos seguido un orden cronológico. En primer lugar aparece la Instancia que el Postulador de la causa de Canonización, P. Fr. Romualdo Rodrigo, O.A.R., dirigió el 1 de Mayo de 1998 al Sr. Arzobispo de Toledo solicitando la instrucción del Proceso. A continuación se puede leer la Carta Pastoral, de fecha 21 de Septiembre de 1998, en la que el Sr. Arzobispo Mons. Francisco Álvarez Martínez anuncia la apertura del Proceso de Canonización y exhorta a todos a acoger este acontecimiento con una preparación espiritual.

La "Fundación José Rivera", atendiendo a la exhortación del Sr. Arzobispo, organizó en la capilla del Seminario Santa Leocadia, y en los días inmediatamente anteriores a la fecha de apertura del Proceso, dos conferencias preparatorias. La primera, del día 19 de Noviembre, fue pronunciada por D. Félix del Valle Carrasquilla, director espiritual del Seminario Mayor San Ildefonso, titulada: *"Recibir la gracia": Apertura en la Iglesia de un Proceso de Canonización*. La segunda, del día 20, fue pronunciada por D. José Luis Pérez de la Roza, director espiritual del Seminario Mayor Santa Leocadia para la formación sacerdotal de adultos, titulada: *"Enamorado sólo de Cristo": Clave espiritual de D. José Rivera*.

Tras los textos de estas Conferencias, hemos transcrito la homilía que pronunció el Sr. Arzobispo de Toledo, Mons. Francisco Álvarez Martínez, durante la Misa del Espíritu Santo en la Apertura del Proceso, y en la que participó casi un centenar de sacerdotes en la capilla del Seminario Mayor San Ildefonso, que se encontraba rebosante de fieles.

Con la edición de este Cuaderno, la Vice-Postulación de la Causa de Canonización del Siervo de Dios José Rivera Ramírez, inicia la emisión periódica de su Boletín Informativo.

**2.- INSTANCIA SOLICITANDO LA APERTURA
DEL PROCESO DE CANONIZACIÓN**

*Fr. Romualdo Rodrigo, O.A.R.,
Postulador de la Causa.*

INSTANCIA SOLICITANDO LA

**APERTURA DEL PROCESO DE CANONIZACIÓN
DEL SIERVO DE DIOS
JOSÉ RIVERA RAMÍREZ, SACERDOTE**

Excelencia Reverendísima:

El que suscribe, Fr. Romualdo Rodrigo, O.A.R., postulador legítimamente constituido para la causa de Canonización del siervo de Dios José Rivera Ramírez, sacerdote de su diócesis muerto en olor de santidad en Toledo el 25. III. 1991, pide respetuosamente a V. Excelencia se digne instruir el Proceso sobre la vida, virtudes y fama de santidad del referido siervo de Dios.

El siervo de Dios nació en Toledo, el 17 de diciembre de 1925 y fue bautizado a los pocos días, el 2 de enero de 1926, y confirmado el 7 de marzo de 1927 en su parroquia de Santo Tomás. Creció en una familia cristiana, bendecida por el testimonio de su hermano mayor el siervo de Dios Antonio, conocido en Toledo como "el Ángel del Alcázar", y de la mano de su hermana y madrina María del Carmen, actual monja clarisa. En la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús del 1933 recibe la primera comunión.

Mientras cursaba estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Complutense, se sintió llamado por Dios a la vida sacerdotal. En 1943 ingresó en el seminario de la Pontificia Universidad de Comillas, donde cinco años más tarde, en 1948, obtuvo la licencia de Filosofía, pasando inmediatamente a la Universidad Pontificia de Salamanca para cursar los estudios de Teología. En 1949 recibió la Tonsura y en 1952 el orden del subdiaconado de manos de Mons. Francisco Barbado Viejo, obispo de Salamanca. En diciembre de ese mismo año fue ordenado diácono en la Catedral Primada de Toledo y el 4 de abril de 1953 recibió el orden presbiteral por manos del Emmo. Sr. cardenal Plá y Deniel, vuestro predecesor en el gobierno de la Archidiócesis.

Después de trabajar como coadjutor y como ecónomo en sendas parroquias de Toledo, en 1957 fue llamado a Salamanca para que se hiciera cargo de la dirección espiritual del Colegio "El Salvador" y después del Colegio Hispanoamericano de la misma ciudad. En 1963 fue acogido durante dos años por los hermanos de San Juan de Dios de la provincia de Castilla, dedicándose al estudio y a la oración.

En 1965 vuelve a Toledo y trabaja en la Casa Diocesana de Ejercicios, como profesor de Teología de la Vocación, director del Curso de

Espiritualidad en la Casa de Ejercicios de Talavera y consiliario de Maestros de Acción Católica.

Desde el 1970 trabaja en la diócesis de Palencia como director espiritual del seminario y como profesor hasta el 1975, en que vuelve a Toledo también como profesor del seminario Mayor, oficio que desempeñará hasta su muerte.

Maestro de vida espiritual por su intensísima vida de oración, fue uno de los sacerdotes más estimados como director de ejercicios espirituales. Sus libros de teología espiritual forman parte de los clásicos y son cada día más solicitados. Pero el siervo de Dios no era un teórico: vivía con intensidad la vida interior y aprendió en las intimidades con Dios la ciencia del Espíritu.

Sacerdote modelo en todas las virtudes, sobre todo en el amor a los pobres, era conocida a todos su generosidad. Los más necesitados de la ciudad, sobre todo los gitanos de quienes se ganó su afecto, sabían que en don José encontrarían siempre remedio para sus necesidades. Siguiendo el ejemplo de los Santos, se desprendió de todo, incluso de su cadáver que donó en beneficencia a la facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid.

El 13 de marzo de 1991, mientras se dirigía en autobús a atender a unos sacerdotes jóvenes de Los Yébenes (Toledo), sufrió un infarto de miocardio. Ingresado por urgencias en la UCI del hospital "Virgen de la Salud", después de recibir la Unción de los enfermos, el 25 de marzo del mismo año 1991, entregaba su alma al Señor. Su cuerpo permaneció durante 3 años conservado en la facultad de Medicina, pues ninguno de los doctores se atrevía a intervenir en el cadáver de uno que consideraban santo. Ante esta situación, y a petición del Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, la Universidad devolvió el cadáver que fue sepultado el 24 de marzo de 1994 en la capilla del Seminario Mayor de Santa Leocadia, hoy meta de peregrinación de sus devotos.

La fama del siervo de Dios, viva ya durante su vida, se ha difundido cada vez más después de su muerte. Sus devotos son cada vez más numerosos y son muchos los que atribuyen a su intercesión muchos favores.

Creemos inútil insistir sobre la oportunidad de la causa de canonización. Hoy más que nunca la Iglesia tiene necesidad de sacerdotes modelos, capaces de transmitir una profunda espiritualidad sacerdotal y de infundir en los jóvenes ansias de convertirse en apóstoles de Cristo.

La vida intensa del siervo de Dios, la profundidad de su doctrina, su ejemplo como director de almas, su amor desmesurado a los pobres son otros

tantos motivos para poner al siervo de Dios como ejemplo de apóstol en el mundo moderno.

Por eso, Excia. Reverendísima, solicitamos que, oídos los obispos de la región eclesiástica, nombre cuanto antes dos censores teólogos para examinar los escritos del siervo de Dios y la comisión de Peritos en Historia que, según establecen las Normas de la Congregación de los Santos, debe recoger todos los escritos y documentos que tengan alguna relación con su figura y dar un juicio de valor sobre los mismos. Pedimos finalmente que, obtenido el "nihil obstat" de la Santa Sede, proceda lo antes posible a la apertura del proceso de Canonización.

Adjuntamos a la presente instancia:

- 1) Copia de los poderes de Postulador;
- 2) Lista de testigos.

Por lo que respecta a los escritos del Siervo de Dios, tanto los no publicados como los publicados, quedan todos a Vuestra disposición en la sede de la "Fundación José Rivera" en Toledo.

Roma, 1 de Mayo de 1998.

Fdo: Fr. Romualdo Rodrigo, O.A.R.
Postulador

3.- CARTA PASTORAL ANUNCIANDO LA APERTURA DEL PROCESO

*D. Francisco Álvarez Martínez,
Arzobispo de Toledo, Primado de España.*

APERTURA DEL PROCESO DE CANONIZACIÓN DEL SIERVO DE DIOS JOSÉ RIVERA RAMÍREZ

Seminario Mayor de San Ildefonso.
Toledo, 21 de noviembre de 1998

1. En abril de 1997 publiqué una carta solicitando vuestra información acerca de la fama de santidad de diversos miembros de nuestra Iglesia Diocesana ya fallecidos, con el fin de poder llegar a abrir el Proceso de Canonización de algunos de ellos. Pasado un tiempo prudencial encomendé a una Comisión el estudio de las informaciones recabadas. Teniendo en cuenta el número de los testimonios recibidos, así como la importancia del contenido de los mismos, he decidido dar los pasos necesarios para iniciar el Proceso de Canonización del Siervo de Dios José Rivera Ramírez, sacerdote diocesano que falleció el 25 de marzo de 1991.

Tras oír a los Obispos de nuestra Provincia Eclesiástica, el pasado día 3 de Junio cursé ante la Santa Sede la solicitud pertinente para este asunto. La Congregación de la Causa de los Santos, con fecha del pasado 18 de julio, me ha comunicado el "nihil obstat" para comenzar el Proceso de Canonización del Siervo de Dios José Rivera Ramírez, sacerdote.

Por tanto, el día 21 de noviembre de 1998, en el Seminario Mayor de San Ildefonso y a las 11:00 de la mañana, tendrá lugar el solemne acto de apertura de dicho Proceso de Canonización.

Una gracia para nuestra Diócesis

2. La Iglesia es Santa y santifica a sus hijos. El Proceso de Canonización de un hijo de la Iglesia nos invita a todos los miembros del Pueblo de Dios -Obispos, sacerdotes, miembros de la vida consagrada y fieles laicos- a renovar nuestra fe, esperanza y caridad ante nuestra madre la Iglesia.

Iniciar, pues, el Proceso de Canonización de un miembro de nuestra Diócesis significa creer que la Iglesia Diocesana ha criado bien a este hijo suyo, que lo ha alimentado debidamente con la gracia de Dios y que ha sabido conducirlo por el camino de la filiación divina y, en el caso del Siervo de Dios José Rivera, por el camino de la santidad sacerdotal. Pero también significa creer que el ser humano, desde su condición de criatura pecadora pero redimida por la gracia de Cristo y elevada a la dignidad de hijo de Dios,

ha de responder a las mociones del Espíritu, puede vencer las seducciones del pecado y entregarse del todo al amor de Cristo y al servicio de los hermanos, para llegar a vivir la comunión plena con las Personas Divinas participando de la Santidad del mismo Dios.

Por esto, sin duda, la apertura del Proceso de canonización del Siervo de Dios José Rivera ha de ser un acontecimiento de gracia para toda la Iglesia Diocesana. Y ocasión para renovar y afianzar nuestro amor y confianza en la Iglesia, que administra la gracia redentora que ha recibido de Cristo. Pero ha de ser también ocasión para determinar nuestros mejores deseos de fidelidad y entrega al amor del Señor, respondiendo a la llamada a la santidad que hemos recibido en nuestro Bautismo.

Renovada llamada a la santidad

3. Cuando el Papa nos dice que "será tarea de la sede apostólica, con vista al año 2000, 'actualizar los martirologios' de la Iglesia universal, prestando gran atención a la santidad de quienes 'también en nuestro tiempo' han vivido plenamente en la verdad de Cristo" (TMA 37) no se refiere sólo a la necesidad de actualizar en las conciencias de todos los cristianos la urgencia de responder a la llamada a la santidad siguiendo los modelos de quienes ya nos han precedido, sino también que, al comenzar el Proceso de Canonización del Siervo de Dios José Rivera, renovemos la conciencia de que todos estamos llamados a la santidad, siguiendo la propia vocación, y que es necesario responder a esta llamada.

En efecto, no existe otra vocación cristiana que la vocación a la santidad. Esto es algo que destacan casi todos los testimonios informativos que hemos recibido acerca del Siervo de Dios José Rivera. El creyó desde joven que Dios le amaba y quedó convencido de que su vida solamente podría tener una meta: una vida santa. Desde joven se entregó a la consecución de esta meta sin concesiones a la mediocridad. Sin duda, tuvo sus debilidades, imperfecciones y caídas. Pero quienes le conocieron dicen que nunca cedió a conformarse o justificarse en ellas, deseoso de llegar a responder enteramente a la llamada del Señor.

Especialmente para los sacerdotes y seminaristas

4. Si no existe vocación cristiana que no sea llamada a la santidad, tampoco existe vocación sacerdotal que no sea llamada a la santidad sacerdotal siguiendo a Cristo, Sacerdote y Víctima. La vocación sacerdotal del Siervo de Dios José Rivera se caracteriza por la convicción de ser llamado

a la santidad sacerdotal de Cristo. Su meta e ilusión de seminarista no será llegar a ser sacerdote, sino llegar a ser sacerdote santo, llegar a entregarse y unirse a Cristo en su ofrenda eucarística para dar la vida por caridad en cualquier cargo pastoral. Quienes convivieron más de cerca con él aseguran que su gran preocupación y único afán era vivir intensamente unido a Jesucristo, amando a la Iglesia.

La Iglesia ha de juzgar la vida y las virtudes de este Siervo de Dios, para declarar solemnemente si llegó a alcanzar el grado heroico de los santos. Pero para nosotros -especialmente para los sacerdotes y seminaristas- sus planteamientos de raíz y sus deseos de santidad, sí que han de ser ya un aliciente y un ejemplo a imitar, por ser llamada divina a nuestra configuración peculiar con Jesucristo Sacerdote.

Actitudes preparatorias

5. Finalmente, ante esta gracia de Dios que ha de ser la apertura del Proceso de Canonización del Siervo de Dios José Rivera, sacerdote, debo rogar a todos los sacerdotes, miembros de la vida consagrada y fieles laicos que intensifiquen su oración pidiendo la acción del Espíritu Santo y sus dones sobre quienes han de participar directamente en este Proceso. Y exhorto a que todos abramos nuestros corazones a la gracia, para "trabajar por el reconocimiento de la heroicidad de las virtudes de hombres y mujeres que han realizado su vocación cristiana..., convencidos como estamos... de encontrar los medios más oportunos para verificarlos y proponerlos a toda la Iglesia como modelo y estímulo..." (TMA ib).

Cordialmente en el Señor,

+ Francisco, Arzobispo de Toledo
Primado de España

Toledo, 21 de septiembre de 1998

**4.- "RECIBIR LA GRACIA":
APERTURA EN LA IGLESIA
DE UN PROCESO DE CANONIZACIÓN**

*D. Félix del Valle Carrasquilla,
Director Espiritual del Seminario San Ildefonso.*

"RECIBIR LA GRACIA": APERTURA EN LA IGLESIA DE UN PROCESO DE CANONIZACIÓN

Como ya ha indicado D. Demetrio y como creo que da a entender bastante bien el contexto, el lugar en el que estamos, y el antes y el después de esta charla -antes hemos estado rezando el Rosario, pidiendo la intercesión de la Virgen para abrir el corazón a la palabra de su Hijo, a la gracia de su Hijo, e inmediatamente después de la charla tendremos un rato de exposición del Santísimo (porque es Él, el Señor Jesucristo inmediatamente, quien tiene que enseñarnos y quien tiene que infundirnos su Espíritu para que podamos recibir esta gracia que es el Proceso de canonización del sacerdote diocesano, D. José Rivera)-; pues dentro de este contexto del lugar, la capilla con Jesucristo en el Sagrario personalmente presente, dentro de estos dos ratos de oración, el Rosario y el rato de exposición del Santísimo, se entiende que lo que voy a decir yo ahora no es una conferencia, sino una charla y una charla entre amigos; una charla entre hermanos en Cristo y una charla también, supongo, un poco desordenada. Cuando para hablar tengo que intentar ceñirme a algún guión previo, pésimamente preparado, yo creo que me sale peor todavía que si no hubiera preparado nada. Yo intentaré hacer el esfuerzo de ceñirme a este guión que he preparado, destacando las ideas más importantes, ampliando algunas, y siempre intentando hacer referencia, en la medida en que pueda y en la medida en que yo lo conozco, al pensamiento, a lo que ha sido para nosotros el testimonio de D. José en cuanto a esta llamada a la santidad.

1.- ¿Quién abre el Proceso de Canonización?

Pero lo primero, lo que me parece que es el punto de partida, es esa pregunta que tienen ahí en la hoja, en el punto primero.

Apertura: *¿Quién abre?*. ¿Quién es el que abre este Proceso de canonización?

Lo abre no un grupo de personas humanas. Lo abre no un grupo particular, sino que lo abre Jesucristo (eso es lo que creemos). Y si al final de todo resulta que no era Él quien quería abrir este Proceso, se cerrará, se cerrará solo. Como cuando aquél decía ante la persecución a los Apóstoles:

"Dejadlos, porque si es de Dios esto seguirá adelante y si no es de Dios se agotará solo".

Si este Proceso que empezamos no viene de Cristo, no viene de Dios, se agotará enseguida. Pero creemos -que es la primera palabra que viene después de "*quién abre: Cristo*"- que es El quien suscita en la Iglesia diocesana, Obispo y fieles, el deseo de reconocer lo que ha hecho con uno de nosotros. Si el Proceso de canonización de José Rivera no prosperara, esto no sería una señal inequívoca de que no era santo, sino de que no tenía que ser canonizado.

Como digo a continuación, si este Proceso lo ha iniciado El, El mismo lo llevará a término. Y como Jesucristo actúa siempre para bien de su Cuerpo, esperamos -no tenemos la certeza absoluta- que sea una gracia suya para santificarnos a nosotros.

Porque esto es lo seguro, independientemente del resultado visible, final, de este Proceso de canonización que se va a abrir pasado mañana: que nosotros que lo empezamos con fe, que queremos empezarlo así, con esperanza, fiados en Jesucristo, en obediencia a la Iglesia, sí que vamos a recibir, y no sólo algo, sino mucho, puesto que esperamos que sea el Señor el que lo abra.

Y es Jesucristo el que lo abre, en este momento histórico, cuando nos preparamos a la celebración del Jubileo del año 2000. Jesucristo lo hace inspirando a su Iglesia, en Juan Pablo II, el deseo de promover con especial intensidad, más que en otras épocas, procesos de canonización. El Papa, en TMA, hace una referencia al sacramento del Matrimonio, pidiendo que se busquen santos, hombres y mujeres, que se hayan santificado viviendo el sacramento del Matrimonio. Yo creo que podríamos también aplicar, no lógicamente la referencia al Matrimonio, pero sí al sacramento, porque tal vez -algo de esto comentaba muchas veces D. José- en la Iglesia se ha visto muchas veces como normal que la santidad se apoye en los votos pero no en los sacramentos (en el sacramento del Bautismo, el radical, y en el sacramento del Orden). Pues la Iglesia pide a sus fieles que busquen quienes han vivido el sacramento del Matrimonio y pensamos que también el sacramento del Orden como tal, a fondo, con todas sus consecuencias.

Jesucristo inspira al Papa Juan Pablo II, que pida a la Iglesia, que pida a las Diócesis que busquen estos grandes testigos de la santidad para proponerlos a toda la Iglesia, y nosotros creemos que José Rivera puede ser uno de ellos -así lo piensa el Sr. Arzobispo que está en la raíz de este Proceso y por eso no es una iniciativa privada, particular, sino algo que pertenece a la

Iglesia entera-. Sólo la Esposa de Cristo tiene potestad para abrir en nombre de Cristo un Proceso de canonización. Nadie más que Ella tiene la potestad de impulsar este Proceso. Ella tiene la potestad de juzgar sobre la santidad de éste a quien pensamos que la Iglesia puede reconocer como santo y a nosotros, a todos los miembros de la Iglesia, nos corresponde aceptarlo en obediencia.

Pero ya saben, los que hemos oído muchas veces a D. José hablar de la obediencia, que ésta no es puramente el sometimiento a una orden que se nos da por alguien que consideramos con autoridad, con potestad para mandarnos, sino que la obediencia es la certeza de que es Dios el que está actuando en nosotros.

Sometiéndonos a la Iglesia, acatando este camino que la Iglesia nos propone con todas esas normas que la Iglesia nos da para promover un Proceso de canonización, es como estamos teniendo la certeza de que es Jesucristo el que está impulsando este Proceso.

Y la Iglesia hecha visible, significada por el Obispo Diocesano. Es en torno al Sr. Arzobispo, D. Francisco, quien con esas cartas que ha escrito a todos los fieles (aquellas primeras pidiendo testimonio sobre la fama, sobre los recuerdos, de las virtudes y el testimonio de vida de D. José Rivera, y ahora escribiendo esta carta en la que hacía pública la apertura solemne de su Proceso de canonización), como se significa la Iglesia, y con él recibimos esa invitación y petición de Juan Pablo II a las Iglesias particulares a la que he hecho referencia y de la que luego he copiado un breve texto en el punto 41: *Manifestación de la santidad divina*.

Abren entonces este Proceso Jesucristo y la Iglesia. Y cuando Jesucristo actúa, cuando el Espíritu Santo mueve a la Iglesia, lo hace siempre para configurarla a El mismo, a Cristo mismo. Eso es lo que va a estar un poco de fondo en todo lo que voy a decirles de esta apertura del Proceso de canonización.

2.- Un proceso de asimilación

Apertura de un *Proceso*: No me sitúo -entre otras razones porque yo no entiendo nada del nivel jurídico- en lo que la apertura de un Proceso significa de normas, de pasos, de leyes, de cánones, aunque sí hemos de saber que todas las leyes y todas las normas en la Iglesia responden a la vida del Cuerpo de Cristo, responden al modo de vivir, al modo de comportarse de

este organismo viviente que es el Cuerpo de Cristo.

Todas estas normas a las que nos vamos que tener que ir sujetando para promover este Proceso, nos tienen que significar, tenemos que verlas así, el modo que tiene de vivir en este mundo el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Porque aquello del punto primero: no es simple ni principalmente un Proceso *jurídico*, ni tampoco una demostración de que el difunto *tiene derecho* a que se le honre como a un santo. Saben que mucha gente que enfoca así los Procesos de canonización, dice que para qué, que qué va a sacar el muerto con que se le haga santo, que si él es santo, mejor para él, y si no lo es, pues peor, pero no merece la pena gastar ni energías ni tiempo ni -dicen- dinero.

No es simplemente eso, una cuestión de demostrar que alguien ha vivido como santo, sino que es algo mucho más profundo.

A mí se me ocurría esta imagen que propongo en la hoja. Es un *proceso vital*, semejante a un *proceso de digestión*. En primer lugar, se trata de un proceso, de un camino por el que ir poco a poco, haciendo la digestión de una realidad. Digerir quiere decir *asimilar*, y *asimilar* tiene este doble sentido, el de *apropiarnos* de una cosa y de *entenderla* mejor. Cuando uno está estudiando y dice que no asimila, quiere decir que no entiende. Pues se trata de esto, de un proceso de asimilación del misterio de la santidad en la Iglesia.

Asimilación de la santidad, en cuanto a entenderla mejor. Sabemos todos que la santidad es un misterio que no se identifica con ninguna forma externa de vida, que no se identifica con ningún comportamiento exterior. Una de las riquezas de la vida de los santos que nos comentaba siempre D. José, era que la diversidad de los santos nos enseña qué es lo sustancial, lo nuclear de la santidad, pues, si no, podemos ceder a la tentación de identificar la santidad con una forma externa de vida. Quien sólo conociera, por ejemplo, la vida de San Francisco Javier, tendería a pensar que la santidad está en los grandes viajes, en las grandes predicaciones, que el santo es el misionero; o quien sólo conociera la vida de San Pedro de Alcántara, tendería a pensar que la santidad es la penitencia, y que el más santo es el que más penitencia hace.

Cuanto más santos vamos conociendo, más penetramos el misterio de la santidad, más podemos llegar a entender qué es eso misterioso, interno, profundo, de la santidad que se puede realizar de múltiples maneras, pero en cualquier vocación, que cualquier persona puede vivir y puede realizar.

Pues yo creo que D. José Rivera es testigo de algo muy profundo de la santidad, porque lógicamente la santidad para él no estaba ni en el café, ni

en los "celtas", ni en las cuatro horas de sueño, ni en cosas por el estilo; sino en algo mucho más profundo, que yo creo que será precisamente su Diario el que se encargue de sacarnos a la luz, ese *misterio interior*, ese secreto de José Rivera, al que nos vamos a asomar en este proceso y que nos ha de servir para entender mejor, para asimilar mejor, este verdadero misterio de la santidad.

Asimilar quiere decir también apropiarnos, hacer algo nuestro. Nunca un testimonio en la Iglesia se nos presenta, nos es ofrecido por Jesucristo, puramente como un ejemplo a copiar o como una vida a recordar, sino que los que han sido invadidos por el Espíritu Santo -y así lo creemos de D. José Rivera- participan de ese poder que tiene de todo lo que le pertenece a Cristo de irradiar su Espíritu para nosotros. Así son los sacramentos. Ellos son realidades de este mundo: pan, vino, óleo, aceite, agua para el Bautismo; son realidades de este mundo sobre las que ha irrumpido el Espíritu Santo tanto, que las ha convertido exclusivamente en fuente de vida cristiana, en fuente de vida divina.

El pan de la Eucaristía es tan captado por el Espíritu Santo que deja de ser pan, se convierte en Cuerpo de Cristo y no sirve más que para comulgar. Pues la vida de una persona que ha vivido por el Espíritu Santo, el recuerdo de su vida, la relación con él, el diálogo con él (porque pensamos que él nos escucha, porque creemos que está en Dios), se convierte para nosotros en fuente del Espíritu que está en él.

Es algo secundario si el acercarnos a recibir de Dios esta iluminación mayor sobre el misterio de la santidad, lo interior de la santidad, lo sepamos o no, nos proporciona a nosotros ideas nuevas sobre la santidad o no; pero si nos acercamos a lo que va a estar gestándose en este Proceso, de la manera que sea -y ahora veremos un poco cuáles son las maneras que tenemos de participar en él-, el Espíritu Santo va a ser derramado sobre nosotros.

Bueno, pues ahí en el esquema tienen, en esos términos meramente enunciados, lo que entiendo por *asimilación*: mejor comprensión del misterio de la santidad, distinguir lo esencial de lo accesorio, incorporación a la propia vida, recepción de energías, impulso vigoroso...

Es un Proceso que requiere una acción, porque se trata de un camino. Empezamos pasado mañana un Proceso que va a estar hecho de acciones, de servicios, para todo lo que pensamos.

¿Cuáles son estas acciones que nos corresponden a todos?

En primer lugar la *oración*. Y, como ya sabemos, la oración no consiste en la recitación de unas fórmulas; como si cogemos, por ejemplo, la

estampa que la "Fundación José Rivera" ha editado y recitamos sin más esta oración y formulamos alguna petición concreta como se nos propone al final de esa oración. Rezar es intimar más con Cristo. Eso es lo que se nos pide a todos. Que los miembros del Cuerpo de Cristo que se sientan implicados en este Proceso intimen más con Cristo y así, como consecuencia de eso, sí que haremos nuestro eso que pedimos en la oración de esa estampa de José Rivera: *"Te pedimos nos concedas el don de una vida intensa de oración y mortificación, por la que podamos gozar de la intimidad del Crucificado y salvar con El a muchos hermanos"*.

Y una oración que tiene que ser, sobre todo, *alabanza* por las maravillas que el Espíritu Santo es capaz de hacer en una persona; y también oración de *petición* acogiéndonos a la intercesión del que pensamos que Dios puede, quiere glorificar. Lo que hace falta es que sea oración de verdad.

Ya le oímos muchas veces a D. José, a propósito de la oración de petición, decir que la mera repetición de unas fórmulas litúrgicas de petición no obtiene lo que pedimos, pues dice Jesús en el Evangelio que no seamos como los paganos, que piensan que van a ser escuchados por sus palabras, por lo bonitas o lo abundantes que son sus palabras, sino que nosotros vamos a ser escuchados si ponemos el corazón en lo que pedimos, si lo que decimos, lo que pedimos, es expresión de lo que deseamos y es expresión de lo que creemos que el amor de Dios nos quiere conceder. Pues, hace falta que recemos de verdad.

Hace falta también que todos -los que han de estar más directamente implicados en este procesos y los demás- intentemos *purificar* nuestra mente y nuestro corazón, porque sólo así se pueden entender los misterios de Dios. Si estamos en un proceso de asimilación de este misterio de la santidad, es preciso que renunciemos al modo particular que tenemos de entenderla.

Todos nosotros, consciente o inconscientemente, nos hacemos una idea de lo que es ser santo y lo esperamos para nosotros y tendemos a animarnos o desanimarnos cuando esas señales en las que nosotros habíamos cifrado la imagen de la santidad nos parece que se dan o no.

Pues hemos de romper los esquemas que tenemos sobre lo que es ser santo y hemos de abrirnos totalmente, absolutamente, a que Dios nos pueda iluminar de verdad lo que es. Hemos de purificar esta impresión de que sabemos lo que es la santidad pensando que -como nosotros sabemos lo que es- vamos a poder juzgar sobre la santidad de José Rivera. Hemos de adoptar la perspectiva contraria: Dios, que es el único que sabe lo que es la santidad, nos va a decir, nos va a enseñar si José Rivera era santo o no, y nos va a

enseñar también, como consecuencia de eso, a cada uno de nosotros, un poco más del santo que quiere que seamos.

Esta purificación es necesaria. (Cuántas veces le hemos oído a D. José cuando alguien le decía que le rompía los esquemas (porque a veces no parecía un santo al uso, no parecía un santo clásico) palabras como éstas: "*Pues es que no hay que tener esquemas...; es que no debería romper los esquemas porque no deberíais tenerlos...≋!*")

Y en tercer lugar, empezamos un proceso de *conversión*. Si esta apertura del Proceso de canonización de D. José Rivera no supusiera para todos nosotros una llamada más intensa y unos pasos más serios en el camino personal de conversión, yo creo que D. José se negará a hacer un milagro. Dirá: "*Para qué?, si no les va a servir, si no les está sirviendo a ellos para convertirse más, para eso sí que no merece la pena hacer seguir el Proceso...*".

Esto es lo que esperamos seguro de Dios: que nosotros intimemos más con Jesucristo, que nosotros dejemos purificar nuestra mente y nuestro corazón y nos tomemos más en serio este camino, este proceso de conversión.

Comienza impulsado por el Espíritu Santo. Lo vamos a significar empezando pasado mañana la Apertura del Proceso con la Misa del Espíritu Santo. No es una iniciativa de los hombres, no es la inteligencia, la voluntad de los hombres lo que mueve este Proceso, sino el Espíritu Santo. Y como decía antes, como la digestión la realizan unos órganos para bien de todo el cuerpo, una Iglesia Diocesana, unas personas directamente encargadas de actuar la causa y, es importante también, unos testigos que han de aportar lo que han visto y oído del Verbo de la Vida en la persona del siervo de Dios, en definitiva todos los que nos enteramos, los que oímos la convocatoria a comenzar este Proceso, hemos de entrar en un verdadero proceso personal de conversión acogiéndonos privadamente a la intercesión de aquel a quien creemos en el cielo. Y lo haremos sabiendo que el bien será para todo el Cuerpo de Cristo. Será el mejor fruto del Proceso de canonización, el que hemos de esperar seguro.

Y es también un Proceso *litúrgico*. Lo empezamos con la Misa del Espíritu Santo; lo terminaremos, si Dios quiere, en la Misa en que se proclame la heroicidad de las virtudes de José Rivera, y la Iglesia asegure con certeza su santidad. Para que en medio de esas dos celebraciones eucarísticas se nos haga bien patente que la santidad de José Rivera -si así lo declara la Iglesia- ha sido fruto de lo que celebramos en la Eucaristía, de la Pasión, la

Muerte, la Resurrección de Cristo y del envío del Espíritu Santo. Que ahí es donde nosotros hemos de encontrar la fuente de nuestra santidad y que la santidad no es más que convertir la propia vida en una ofrenda permanente, que es lo que pedimos en cada Eucaristía, que nos convirtamos en lo que celebramos en el altar.

3.- *Proceso sobre virtudes heroicas*

El punto tercero del esquema va sobre las virtudes heroicas. Este término, *Avirtudes heroicas*≅, es lo esencial de un proceso. Se trata de demostrar mediante los testimonios, la investigación de la Iglesia, que la persona, el siervo de Dios, el que la Iglesia piensa que es santo, que puede ser santo, ha vivido las virtudes heroicas.

Esta palabra, *Aheroica*≅, tiene para nosotros -en el sentido Acorriente≅, que diría D. José- una resonancia militar, voluntarista, luchadora, de esfuerzo hasta la muerte, de una vida en pos de lo mejor siempre, como en un paroxismo continuo. Porque ésa es la vida heroica, la del que no repara en sacrificios, en renunciaciones, en sufrimientos...; porque el héroe, para nosotros, es el que es capaz de grandes hazañas, de grandes gestas, el que es capaz de acciones que se salen de lo corriente, el que es capaz de esfuerzos superiores a la media.

El concepto cristiano de *virtudes heroicas* no es éste. Todos nosotros, los que le hemos conocido, le hemos oído a D. José hablar de cómo las virtudes cristianas, cuando son de verdad cristianas, es cuando menos cuestan; que es la virtud infantil, la virtud del niño en la fe, la que es costosa. Así, el que necesita esforzarse mucho para vivir de la virtud, el que para realizar un acto de caridad o de humildad tiene que "hacerse la pascua", al que le termina saliendo una úlcera en el hígado a base de intentar vivir la humildad, es que tiene muy poca virtud. Sin embargo el adulto en las virtudes las vive todas fácil y gustosamente.

El concepto cristiano de *virtud heroica* -se lo indico en el esquema- no hace referencia a una virtud costosa, con esfuerzo tremendo, con sufrimiento y renunciaciones descomunales. Tienen en el esquema esa pregunta: *A)vale lo que cuesta?*≅. En realidad en cristiano vale, tiene valor verdadero lo que cuesta poco... Para precisar: lo bueno, lo bien hecho, pero habiendo costado poco.

El concepto de *virtud heroica* viene del concepto griego de héroe

cristianizado y purificado. Los héroes de las tragedias de las obras griegas eran aquéllos cuyas vidas estaban *movidas por los dioses*. Eran los dioses los que iban moviendo los hilos del destino del héroe; eran los dioses los que iban moviendo la propia conciencia del héroe.

Por ejemplo, Edipo piensa que está huyendo de su maldición y, sin darse cuenta, termina matando a su padre. Y él no lo sabe. Los dioses se han encargado de llevarle a donde ellos querían.

Pues el concepto cristiano de *virtud heroica* parte de aquí, pero purificado y elevado. La virtud heroica es la virtud divina, es la *virtud vivida con las fuerzas de Dios* y no sólo con las fuerzas de los hombres. Y cuando un hombre vive con las fuerzas de Dios, vive muy fácilmente, muy gustosamente, vive haciendo actos de virtud que a los que tenemos todavía virtudes muy pobres -pocas virtudes- nos costaría muchísimo hacer. Pero para los cristianos virtuosos es lo normal, es lo que les sale prácticamente solo. Este es el concepto de virtud heroica que la Iglesia busca: la virtud movida por el Espíritu Santo, el hombre que ha llegado a vivir todas las virtudes cristianas con intensidad, todas de manera divina y, además, con este gusto, con esta conciencia de que ser cristiano es el modo de vivir más pleno, más feliz y más *jocundo*, como dice D. José en sus poesías.

Eso es lo que vamos a ver. Y como nosotros no sabemos porque nosotros lo vemos desde abajo -lo que son las virtudes heroicas- porque la experiencia que tenemos nosotros de vivir las virtudes es que las vivimos un poco a trancas y barrancas; que cuando nos centramos en unas nos olvidamos de otras; que para permanecer una temporada viviendo medianamente bien alguna virtud tenemos que esforzarnos bastante; pues, como no sabemos lo que son las virtudes heroicas, por eso nos ponemos en este proceso a la escucha de Dios y a la recepción de su Espíritu.

Así los cristianos entenderemos mejor qué es la santidad y cómo todos podemos vivir las virtudes hasta el grado heroico: todos; que la santidad está en lo interior, en las virtudes, que es lo común a todos los santos y que sólo el Espíritu Santo puede hacernos entender y vivir el misterio de la santidad; cómo lo esencial de la santidad es lo interior -esta heroicidad de las virtudes-; entenderemos -si asimilamos mejor lo que es la santidad- que todos estamos llamados a vivirla y que, la gracia de llegar a vivir las virtudes así, no depende de un modo concreto de vida, de una vocación particular, sino puramente de que nos abramos al Espíritu.

4.- Manifestación de la santidad divina

Vayamos al punto 41 del esquema: Manifestación de la santidad divina. Creo que son un par de cosas bastante obvias. Buscamos la *glorificación de Dios* en la santidad de un hombre, que es criatura y que es pecador. Muchas veces le hemos oído a D. José hablar de que los hombres somos progresivos y falibles. En la santidad de un hombre brilla este poder de Dios, esta ternura divina, esta paciencia divina con alguien que es una criatura, alguien que tiene unas fuerzas muy limitadas, muy pobres, y alguien que, además, es pecador y que tiende al mal (invenciblemente de suyo, si no lo remedia la gracia de Dios), para hacerle, si se deja, un santo; o sea, hacerle partícipe de la misma vida divina y hacerle vivir como vive Dios. Santo como Dios es santo. Lo que nos decía tantas veces D. José: que la santidad es ante todo una realidad ontológica y después psicológica y moral.

Dios manifiesta su poder en esto, que es la maravilla mayor del poder divino, pues brilla con más fuerza el poder de Dios en la santificación; muchísimo más que en la creación. Nos lo dicen muchas de las oraciones de la litúrgica: *A(Oh Dios que manifiestas tu poder, no sólo en la creación del mundo, sino en la recreación, en la regeneración, en la salvación, en el perdón...!≡*. Pues eso es lo que esperamos ver en este Proceso de D. José Rivera.

Y en esta perspectiva se sitúa la petición del Juan Pablo II, el n1 37 de TMA: *"El mejor homenaje que todas las Iglesias tributaréis a Cristo en el umbral del tercer milenio, será la demostración de la omnipotente presencia del Redentor mediante frutos de fe, esperanza y caridad en hombres y mujeres de lenguas y razas que han seguido a Cristo en las distintas formas de la vocación cristiana"*.

5.- Rivera y la Santidad.

Solamente he indicado cuatro puntos y he copiado al final un texto de su Diario, pero quise poner al principio ese texto de la Primera Carta de San Juan que tantas veces le hemos oído a D. José y que indica cuál es la raíz de la santidad: *"Nosotros somos los que hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él"*.

Los que le hemos conocido de cerca hemos visto que para José Rivera la llamada a la santidad, la apertura a la santidad, la esperanza infatigable de la santidad, se fundaba en esta fe en el amor divino. Que él creía, sabía, que

Dios le amaba y sabía que Dios le amaba a él como era, con su historia de fidelidades y de infidelidades. Con su historia, que nosotros en este mundo nunca sabremos del todo. Y, por eso, sólo en el cielo nos maravillaremos de verdad de lo grande del poder de Dios, de lo que Dios ha hecho con él y en nosotros. Aquí lo atisbamos, lo entrevemos, pero sólo en el cielo nos admiraremos de verdad.

Para nosotros la santidad se apoya en lo mismo, no se puede apoyar en otra cosa, sino nada más que en esta convicción que nos da la fe en el amor que Dios nos tiene. (Cuántas veces decía D. José que la llamada a la santidad es una *llamada personal* a cada uno, y que sólo cada uno la puede escuchar, la puede recibir eficazmente...!. Así, en la fe, en el amor que Dios le tiene.

Es una *llamada universal* además. A este propósito he puesto en ese paréntesis del esquema la expresión *Asantidad no ejemplar*" algo que D. José explicó y glosó tantas veces. (Cuántos hombres y mujeres en este mundo por cuestiones psicológicas, por trabas de su naturaleza, están siendo santos por dentro y nadie lo sabe; ni siquiera ellos...!. (Cuántos santos no ejemplares hay en este mundo y que sólo reconocen los que tienen ojos para no identificar la santidad con unos cuantos comportamientos externos...!. Sólo ellos pueden discernir...

Yo creo que D. José era uno de éstos, era uno de ellos. Que él supo discernir, distinguir como pocos, los rasgos internos de esta santidad no ejemplar. Muchas personas con problemas morales, psicológicos, con trabas naturales que a los ojos de los demás ocultaban e impedían ver la huella de la acción de Dios se acercaron a él que, sin embargo, supo ver esta acción interna de Dios en ellos y este modo de santidad, de vida cristiana no ejemplar.

Del apartado *Santidad sobrenatural* ya he dicho algo, así que lo dejo, y sobre la *Santidad eclesial*, recuerdo cómo -sobre todo los últimos años de su vida- gritó y convirtió su vida entera en un clamor por la santidad de la Iglesia.

Copio del Diario del 20 de Junio de 1989: "*Crezco ciertamente sin detenciones en el ansia de santidad de la Iglesia y propia individualmente pero en ella y para ella. Advierto con intensidad y extensión también creciente la urgencia y necesidad de tal santidad de la Iglesia. Las llamadas notas -unidad, santidad, catolicidad, apostolicidad- deben ser realmente notables*".

No basta, decía él muchas veces, que haya en la Iglesia unos cuantos

santos, sino que es absolutamente necesario que los hombres puedan reconocer que es la Iglesia la que es santa; y que mientras la Iglesia no ofrezca como notables en ella esas notas que constituyen su modo de ser -unidad, santidad, catolicidad, apostolicidad- la gran fecundidad de su seno maternal está como impedida, está como disminuida.

6.- Esperanza de la santidad

Y, por último, la *Esperanza de la santidad*. Pienso que es aquí donde remata este Proceso, que lo mejor para nosotros de este Proceso que, Dios mediante, abriremos pasado mañana es crecer en la esperanza de la santidad.

En el Cuaderno de Espiritualidad n1 2, "*Dios llama. Llamados a ser santos*" (esos cuadernos eran, como saben, los predecesores de *Espiritualidad Católica* y de *Síntesis de Espiritualidad Católica*), viene este párrafo que quise copiar: "*Precisamente la santidad sólo puede darse como fruto de la esperanza puesta en Dios... el cristiano carnal piensa que Dios se conforma con que sea un mediocre, un niño que no crece, un ser deforme, un enano.*

¿Quién espera realmente en el poder santificante del Espíritu de Jesús?. Ciertamente la santidad es un milagro moral pero Cristo quiere hacerlo. Cuando visitó a sus paisanos de Nazaret no hizo allí muchos milagros por su incredulidad (Mt.13,58)".

Tal vez el problema de muchos cristianos sea éste. Que no esperamos suficientemente la santidad. Posiblemente porque lo hemos confundido con algunas realizaciones externas -de ahí la importancia de que asimilemos lo esencial de la santidad- y esperamos lo que Dios no nos quiere dar y desesperamos de lo que sí que es seguro que Dios nos quiere dar. La apertura a recibir la santidad se fundamenta en una esperanza verdaderamente teologal.

Así fue en él. Es uno de los testimonios más impresionantes que se reciben de sus escritos, en lo que yo les he podido echar una ojeada alguna vez. Como de un extremo a otro, desde el principio hasta el final, hay como un hilo conductor, en el cual se van como engarzando las demás virtudes: es la *Esperanza*. A pesar de todo esperó siempre la santidad, esperó siempre que Dios cumpliera en él este milagro moral que es la santidad.

Y será el gran regalo también para nosotros: que esperemos nuestra propia santidad, porque además -es el último párrafo del esquema que les di- el núcleo de la santidad es la esperanza misma, la heroicidad de la Esperanza.

Copié este fragmento de una carta de 1950, cuando él era seminarista

todavía en Salamanca, porque en él habla no solamente de su santidad individual, sino de esta santidad de la Iglesia, de esta santidad sacerdotal, de esta santidad de los religiosos, de los seculares, a lo que él quería consagrarse en cuerpo y alma, en vida y en muerte, haciéndose sacerdote:

*"Y de todos los demás asuntos, lo mismo; curas y frailes, monjas y seculares, todo subirá, todo se arreglará radicalmente aunque nosotros tengamos que sufrir mucho unos antes y otros después. Yo no sé lo que me tocará hacer, quizás desear, orar y morir, pero da lo mismo. Lo que yo quiero es creer, creer en Dios que va a santificar el sacerdocio, va a renovar la Iglesia. *Todo es posible al que cree+. Todo sin límite alguno. Hoy leía en un libro de Bloy: *La santidad no es una cosa tan complicada. Es simplemente una inmensa confianza en Dios+."*

Pues la santidad es, yo creo, la heroicidad de la Esperanza. Cuando a nosotros, a pesar de nuestras debilidades, de nuestros pecados, cuando a pesar de nuestros estancamientos, cuando a pesar de que nos parece que después de años y años de sacerdotes o de bautizados, después de años de intentos con lo mejor de nosotros mismos por seguir en fidelidad a Jesucristo, nos parece que no terminamos de salir de la mediocridad; cuando miramos al mundo y a la Iglesia y vemos que después de tantas gracias de Cristo, después de tantas llamadas del Papa y de la Iglesia, hay aparentemente tan poco cambio; cuando a pesar de todo nuestra esperanza sigue en pie, incólume, es que estamos abiertos a Dios.

Conocen, supongo, esa imagen de Charles Péguy, en ese libro que él tiene sobre la esperanza: *"El pórtico del misterio de la segunda virtud"*. Dice que las tres hermanas, las tres virtudes teologales, la fe, la esperanza, la caridad, van juntas de la mano. Las virtudes no pueden vivirse unas sí y otras no. Las tres hermanas van juntas de la mano. La fe y la caridad son las hermanas mayores. La primera es la gran Fe: (Quién no está orgulloso de tener fe!. (Quién no reza el Credo con orgullo, con admiración, con agradecimiento!. (Poder creer en lo que no vemos!. (La grandeza de nuestra fe!.

La Caridad es la virtud más excelente, lo dice San Pablo: que la virtud más grande es el amor porque no pasará nunca y nuestra vida se realiza en el amor, en la caridad.

Sin embargo la Esperanza es la hermana pequeña, es la hermana menor, es la más desatendida, es como la más débil, la más insignificante. Y cuando se ve caminar a las tres hermanas, se ve a la esperanza en medio de la

fe y de la caridad, agarrada de la mano de las dos. El que no sabe, piensa que son las dos hermanas mayores, la fe y la caridad, las que tiran de la esperanza; pero el que sabe, entiende que es al revés, que es la más pequeña, la débil esperanza, la que va tirando de la fe y de la caridad.

Si no tuviéramos esperanza de nuestra santidad no merecería la pena creer en el amor que Dios nos tiene, y si no esperáramos, a pesar de todo, la santidad, no merecería la pena desear amar hasta dar la vida.)Para qué?. El núcleo de la santidad es la esperanza misma, la *heroicidad de la Esperanza*.

7.- Conclusión

Como se decía al principio, tendremos ahora, inmediatamente después de acabar yo, este rato de oración, de exposición del Santísimo, porque es Jesucristo en persona el que tiene que hacerse presente a nosotros para infundirnos esta esperanza. Creemos que su Espíritu va a estar alentando en torno de este Proceso de canonización de José Rivera. Yo quisiera también sugerirles que pidiéramos por aquéllos que van a tener la misión de testificar y de recoger estos testimonios, para que ellos también, así como todos nosotros, nos abramos a esta asimilación del misterio interior y del secreto de la santidad.

Y pidamos que Dios nos dé a todos nosotros esta esperanza, que, como les deseo, será la gracia principal de lo que comenzaremos el sábado: esta esperanza de nuestra propia santidad y de la santidad de la Iglesia que es el fruto de la donación del espíritu de Cristo.

*D. Félix del Valle Carrasquilla,
Director Espiritual del Seminario San Ildefonso de Toledo.*

**5.- "ENAMORADO SÓLO DE CRISTO":
CLAVE ESPIRITUAL DE D. JOSÉ RIVERA**

*D. José Luis Pérez de la Roza,
Director Espiritual del Seminario Santa Leocadia.*

"ENAMORADO SÓLO DE CRISTO": CLAVE ESPIRITUAL DE D. JOSÉ RIVERA

1.- Introducción:

Vamos a hablar en esta tarde de D. José Rivera o, por mejor decirlo, vamos a dialogar un poco con él. Yo creo que puede sernos muy fácil, sobre todo si le dejamos hablar a él, que tanto le gustaba. Sabemos que vive y podemos entrar en contacto con él, en la memoria de su testimonio y a través de sus escritos, porque son ellos ciertamente los que van a guiar esta nuestra charla.

Pero además hablar de una persona no debe hacerse nunca ni desde el dominio, ni desde la sensación de dominio, porque sólo Cristo es Señor, sobre todo cuando de las personas se trata, y propiamente sólo El nos conoce y ama. Quien habla de otra persona, ha de ser consciente de que siempre está recibiendo el juicio de Jesucristo o lo usurpa malamente.

Y por eso, hablar sobre una persona es más bien entrar en diálogo y conversar con alguien conocido, -por lo menos un poco-, teniendo siempre a Cristo en medio, como principal interlocutor, para adelantar en esa comunicación personal que El nos concede y porque también yo soy conocido y de alguna manera me doy a conocer.

Hablar de alguien es recibir de Cristo, a quien todo le pertenece, también toda intimidad y todo juicio. Es recibir de El algo del tesoro personal que el mismo Cristo ha hecho fructificar en una persona y, por tanto, asistir, ser testigo de lo que Cristo ha ido haciendo en esa persona. Sabemos, por otro lado, que esta obra no acaba nunca, es eterna, porque hemos sido ganados por Cristo y permaneceremos definitivamente en El.

Intentemos, pues, decir algo de D. José Rivera y, en la medida de lo posible, dejándole decir a él.

D. José tenía alma de poeta, que sabe decir muy bien las cosas, porque está especialmente preparado para captar y decir el sentido último de todo, también de su propia vida. Y decirlo con verdad, con belleza, gustosamente. Por eso convendrá dejarle hablar a él, crítico y poeta de sí mismo, pues cuando escribe él mismo, sin sospechar que se le está espiando,

se transparenta su experiencia que nos llega a nosotros, como palabras de ayuda, de estímulo y embelesamiento para la Verdad divina.

Como yo mismo señalaba en la Sesión Académica, celebrada en su memoria, a las pocas semanas de su muerte: "*D. José vivió apasionado por Cristo, en una sed constante por conocer y dejarse transformar cada vez más por la belleza del Verbo encarnado*"¹.

Y en esas ansias consumió toda su vida con anhelos de santidad y experiencias de ternura:

*"Una vez más se me saltan las lágrimas de mera ternura... Dios acabará su obra, (qué duda cabe! Y por algo, desde siempre, espero la santidad plena, la de los "grandes" santos con arrastre para convertir a muchos. La humillación -(tan larga!- prepara indiscutiblemente la exaltación eterna. Más humilde, incomparablemente más humilde. Más dura también en su proceso de realización. Pero maravillosa, y eso, eterna y eternamente fructuosa, vivificante..."*².

2.- Mi experiencia primera de D. José:

Alguna vez tendré que dibujar con suficientes trazos, al menos, cuál fue mi primera experiencia de contacto con D. José. Y pienso que ésta puede ser la ocasión y, a la vez, el compromiso.

En Septiembre de 1970, al llegar D. José Rivera al Seminario de Palencia, como Director espiritual, de la mano del Obispo D. Anastasio Granados, comienzo yo a estudiar la etapa de Teología, en el camino al sacerdocio.

¹ Fundación "José Rivera", *José Rivera. In memoriam*, pag 25.

² Diario 1980. Pag. 96.

Por entonces, hemos pasado, sin duda, años muy difíciles en el período de Filosofía. De 1967 a 1970, como tantos otros, soy zarandeado por tantas nuevas ideas y posturas que arrastra la corriente de la renovación conciliar, sobre todo en la Liturgia, hecha casi toda ella -me refiero a su aplicación- sin mayor profundización e interiorización personales.

Además conozco como testigo -y hasta cierto punto, como compañero de ideas- todo lo que supuso "*Mayo del 68*", en el mundo europeo y en España. En esos años estoy yo bebiendo, sin mayores filtros, demasiada filosofía marxista, que lógicamente no dejaba buen poso; pero (había que ser fiel a las raíces!

Y sucede por añadidura que Theilard de Chardin, en estos años, es uno de los autores más leídos por mí, hasta donde soy capaz de comprenderlo, -más bien poco-.

En este andadura de mi vida, sobre todo interior, aparece la presencia y la figura, que todo hay que decirlo, de D. José. Por fuera, se me impone como casi todos le recordamos, pues fue siempre él mismo y le conocí con la misma facha externa desde el principio hasta el fin, aunque lógicamente cada vez más viejo.

El -lo sabemos todos- gustaba de chocar frontalmente en el testimonio y a eso respondían conscientemente hasta sus modales externos, que no eran en él nada dejado al azar o simple manera de ser -rareza, vamos-; gustaba de impactar y, sobre todo, no cedía a rellenar superficialmente cualquier expectativa personal de los de alrededor. Era intensísimamente personal y apuntaba siempre más alto, como embistiendo, diría yo, en toda relación personal. No entraba simplemente en relación, más bien embestía personalmente al que tenía delante.

Poco, muy poco a poco, -y muy celoso yo de mi vida-, voy contactando con él, aunque no estaba yo para muchas embestidas personales; son charlas, predicaciones, algún que otro encuentro personal, que me van descubriendo una personalidad asombrosa y desbordante, por dondequiera que le mire.

Así llegamos a los Ejercicios espirituales, de mitad de Curso, en Febrero de 1971.

Ciertamente yo no entro en ellos con especial fervor, sino más bien cansado por los exámenes cuatrimestrales y, lo que es peor, un tanto desilusionado, porque el estudio de la Teología todavía no ha hecho suficiente mella en mí. Yo no he sido cogido todavía por Cristo en la Teología.

Pero he aquí que D. José, desde el primer momento de los Ejercicios, nos mete a todos de lleno en el misterio de la Trinidad, como solía hacer siempre. Nos zambulle en el misterio trinitario con fuerza, con convicción, como empujando a la experiencia y al contacto. Es su planteamiento radical y personal, que tan difícilmente se le ha comprendido. En la predicación del misterio, D. José no es ni duro, ni blando; no exige, ni se exige; simplemente está, quiere estar siempre en el misterio y llevar a él. *"José Luis, -me dirá en una conversación de esos días- si estos Ejercicios, y así, los doy ahora en Toledo, los sacerdotes me dejan solo a los dos días"*.

Aún ahora no entiendo mucho, pero a mí aquellos días me descubren ciertamente la luz que hay al fondo de esta personalidad singular y que yo entonces no capto como ahora: Cristo es la sabiduría luminosa, que me atrae en estas conversaciones personales en las que va poniendo orden y concierto en mi cabeza y en mi corazón. Cristo es el misterio personal, que late al fondo de unas modos que chocan siempre, como el mejor de los inconformistas, pero que te dejan siempre clavado frente a Cristo y el Evangelio, para una respuesta personal. Jesucristo, solo Jesucristo me parece presente en sus labios, en su mirada y en sus anhelos. Jesucristo es el motor de esta personalidad que se me manifiesta como a borbotones, pero vivamente atrayente.

A partir de aquellos Ejercicios, la relación se irá anudando, en trato y colaboraciones continuas, hasta donde Dios quiera. Digo esto, porque ciertamente creo que no ha acabado la colaboración. Ahora mismo lo estoy haciendo, al comentar recuerdos y usar escritos suyos, aunque nunca diré ser yo precisamente de los íntimos de D. José, en esta noche en la que pretendo mostrar que solo vivía para una intimidad: Jesucristo.

3.- Un momento singular:

La vida de toda persona tiene momentos singulares. Y así los estudiosos de la espiritualidad y de la vida de los santos gustan de hablar de las diversas conversiones en la vida de los biografiados. Son momentos de gracia especial, que dejan huella permanente. Gracias fundantes que iluminan la acción de Dios, el dulce y fecundo paso del Espíritu por esas vidas.

A dos momentos especiales de la vida de D. José me voy a remitir a lo largo de esta charla. A los 17 y a los 45 años.

Vayamos con el segundo. A mí me parece que hay un momento "ecuador", muy revelador, en la vida de D. José. Momento y experiencia por

fuera quizás no muy notados en esa circunstancia, pero de profunda huella y fecundidad para el futuro. No en vano acontece en los tiempos de Palencia.

Pasa el año 1972 y D. José es invitado por la gracia a encarar su vida con cierta hondura. Lleva ya 19 de sacerdocio y, según es su costumbre, hace balance de su vida allá por los días cercanos al aniversario de su Ordenación - 4 de Abril-. El balance da como fruto -a mi parecer- las mejores páginas de su Diario, algunas de las cuales todos pueden conocer por el Cuaderno n. 19 "*Jesucristo*", editado por la Fundación "José Rivera". Son las mejores páginas sobre sí mismo, sobre el alma viva de D. José. Son las mejores páginas sobre el amor de Jesucristo, que proyectan luz abundante sobre la figura toda de D. José Rivera, en su antes y en su después. Son las mejores páginas que resumen, con su misma pluma, los mejores trazos de toda su trayectoria espiritual y humana. Nosotros ahora podemos intentar, D.m., una cierta visión de conjunto.

Debemos agradecer a Dios que se haya conservado este Diario, porque en estos días D. José destruyó casi todo lo anterior, como él mismo comenta que solía hacer:

"Mañana, 19 años de mi ordenación. Por ello quise ayer dedicar tiempo a contemplar toda esta época, más de la mitad de mi vida consciente y pasé desde las 12.30 a las 8 de la tarde en la Trapa. Releí primero los dos cuadernos salvados de anteriores destrucciones y que abarcan los últimos 11 años...".

"Había casi terminado la primera parte. Solo me resta copiar algunas frases de mis viejos cuadernos, antes de romperlos. Pero eso lo dejaré para después de la oración"³.

Sabemos, además, que D. José escribe solamente en dos formas: O contestando cartas o como instrumento de oración o de estudio; y éste estudio, muchas veces en clima muy hondo de oración. Esto explica que las páginas del Diario, escritas fundamentalmente como instrumento de oración, revelen tanto y tanto del alma de D. José, precisamente de todo eso que por fuera

³ Diario 1972. Pag. 27.

apenas era visible y que incluso él guardaba celosamente:

"Intento comenzar una serie de escritos legibles. La escritura la he empleado desde antiguo como instrumento de mi oración; pero mis cuadernos manuscritos resultan parcialmente inservibles, puesto que cada vez más, la letra brota ilegible"⁴.

En estos meses, -sigamos con la historia-, D. José comienza a no ver mucho horizonte en su tarea en el Seminario de Palencia. Su visión lúcida y penetrante de la formación de los seminaristas, además de su experiencia acumulada, le hacen intuir que el camino en la tarea del Seminario se le presenta poco menos que inútil.

Alrededor de la Fiesta de San José precisamente, ha pasado además por la Cartuja de Miraflores en Burgos, con intención de entrar y dar un giro contemplativo a su vida, es decir, de entrega total al solo amor de Cristo; pero allí es rechazado simplemente porque ha superado la edad. Y es bueno conocer cómo encaja esta manifestación de la voluntad divina, él que creía tener especial llamada para el estudio sosegado y, sobre todo, para la dedicación a la oración. A partir de este rechazo simplemente por la edad, D. José empieza a sentirse viejo, aunque después dará la vuelta a la experiencia para centrarla en valores permanentes:

⁴ Diario 1972. Pag. 12.

"Ayer, por fin, hablé con el Prior de la Cartuja de Miraflores. Respuesta inmediata: Negativa absoluta, por haber traspuesto la edad tope: 45 años. Por primera vez en mi vida me hacen palpable la realidad de mi "vejez". No es sorpresa, pues asisto -espectador no mayormente desconsolado- a la lenta ruina de mi cuerpo, a la lenta dimisión de múltiples ilusiones. Recuerdo la frase, registro interiormente, en la lectura de "El cero y el infinito", cuando dice que Roubachof, a los 50 años, resultaba un viejecillo insignificante. Si comparo mi vida con mis proyectos infantiles, con aquellos planes que yo, arquitecto adolescente, diseñaba con firmísimos rasgos, casi agresivos, el enorme castillo que habría de ser mi vida, (qué fracaso patente! Un éxito, no más, aunque ese sí, esencial; incomparablemente más valioso que todos mis ensueños de adolescencia: esta obstinación en la fe, esta tenacidad para no dimitir ni en las circunstancias más desalentadoras, del único designio fundamental: la santidad. Bien sé que no es victoria mía, sino de ellos: del Padre, de Cristo, de su Espíritu... Y en su gran parte cabalmente contra mí mismo. Y esa es mi sola -pero inimaginable- alegría. Lo demás, los proyectos de sabiduría, de amor humano, de realizaciones humanas -hace muchos años renunciadas- de soledad, de personalidad cristiana... Todos son ruinas en torno mío y en mi propio interior..."⁵.

Y es que todo plan se reduce en definitiva a fiarse del amor del Padre, a abandonarse a la ternura de Cristo. Y así no tiene más que una única misión: la construcción del propio yo, según el plan del Padre; lo demás es consecuencia y lo vive como consecuencia.

Dado el carácter eminentemente personal de D. José, me parecerá siempre extraño, por no decir sacrílego, destacar de su obra y pensamiento cosas o realizaciones, que él mismo poco o nada estimaba. D. José es, quiso ser hasta el extremo, alcanzar a Cristo, al mejor estilo de San Ignacio de Antioquía:

"La división de las tareas (se refiere a un día muy ajetreado de visitas...), que sin embargo son meros matices de la misma actividad interior... la origina la división de objetos. Todavía no estoy convencido todo yo de que se trata solamente de la evolución total de

⁵ Diario 1972. Pag. 8.

este yo que Dios ama y que no hay tal objeto, como saber esto o aquello, hacer esta o aquella cosa. Única misión, la construcción del yo: lo demás solamente consecuencia. Si es claro que debo hacer una cosa, significa que tal acción es constructiva del yo. Tal es la postura filial, puesto que es El quien me construye"⁶.

No deja ser significativo de este balance fundamental el hecho de que no tengamos Diarios anteriores, porque la mayoría de ellos, leídos y repasados en esta ocasión, son destruidos por D. José. Es algo que había hecho ya en otras ocasiones. Y que en ésta puede tener el significado de una nueva etapa que comienza en su vida.

Gracias a Dios, la lectura y repaso que D. José acostumbra de sus propios escritos, nos ha dejado condensado, como libado en el Diario de 1972 lo mejor de la experiencia de su vida que él mismo resume y acrisola en esta poesía precisamente de estas fechas:

*"Por otra Belleza lucho
Y en otra viña me empeño;
Y habré de matar mi sueño,
Aunque el sufrir sea mucho.
Me enloquece un más y más
Que irresistible detrás
De sí me arrastra y apura.
Sublime, ignota Hermosura
Sin materia ni figura*

⁶ Diario 1972. Pag. 5.

Que nadie gustó jamás"⁷.

4.- Especialmente afinado para la ternura:

Hagamos un pequeño acercamiento a la figura de D. José. También en su personalidad psicológica, tantas veces incomprendida o pobremente juzgada.

Todavía recuerdo las afirmaciones certeras del Dr. Sancho sobre la personalidad de D. José, en la Sesión Académica antes aludida: *"Pero también poseía... una tremenda personalidad humana, cuyos rasgos fueron depurándose, sutilizándose, adquiriendo mayor vigor y perfección con el paso de los años, hasta constituirse en una personalidad absolutamente singular, singular en la triple acepción de la palabra, es decir, única, diferente y extraordinaria"*⁸.

En esta personalidad, yo descubro en todos sus rasgos una característica única, que da sentido a todo lo demás: D. José ha sido especialmente afinado, preparado por Dios para vivir y experimentar la ternura genuinamente humana y cristiana. Para recibir y dar ternura, para recibir y dar cariño. Y ciertamente en todo esto, le ganó totalmente la experiencia del amor de Cristo. Esta es nuestra tesis.

Todos sus escritos, por cierto, rezuman también esta característica de

⁷ Diario 1972. Pag. 92.

⁸ Fundación "José Rivera", *José Rivera. In memoriam*, pag. 31.

la ternura, que muchos de nosotros, ahora en la distancia, podemos reconocer y recordar de su trato, de su caridad, de su entrega, al fondo de todo lo cual está siempre esta singularidad: José Rivera, especialmente preparado para la ternura, ha sido hechizado por la ternura de Cristo.

Volviendo a la poesía, lo dirá el mejor:

*En las noches estivas de luna,
Asomado a la abierta ventana,
Recordando los días antiguos
Se me llenan los ojos de lágrimas.*

*Es la misma ventana de entonces,
De infantiles ensueños poblada,
Con la misma ternura de luna,
Con las mismas caricias de acacia...*

*Y levanto la vista y contemplo
De mi vida la historia lejana,
Como el huerto aromado de flores,
Perfumada de amores y gracias.*

*Y no lloro dolores de culpas,
En tu seno paterno arrojadas;
Llanto lloro de suave ternura,
Porque sé que eres bueno y me amas.*

*Porque veo tu amor hecho carne,
La locura de un Jueves de Pascua,
La locura de un cuerpo rasgado
En la cruz por mi amor levantada.*

*Y por eso en las noches de luna,
Asomado a mi vieja ventana,
Recordando los días antiguos*

*Se me llenan los ojos de lágrimas*⁹.

Con toda fuerza esta poesía resume muy bien esta intuición fundamental. Ella misma rebosa ternura, no solo en su vocabulario y en las imágenes poéticas, sino sobre todo en todas las experiencias que transmite. Experiencias de su vida pasada, experiencias de la misma naturaleza, experiencias sobrenaturales. Habría que decir que D. José vive atravesado de parte a parte por la ternura, la que tantos confunden frecuentemente con la blandenguería o con la debilidad y que él une de manera especial con la fuerza, tanto en Dios como en nosotros.

En su perfil psicológico, que él mismo nos presenta a los 63 años (Diario. 2 de Agosto de 1988) nos descubre su vitalidad extraordinaria a todos los niveles. En todo D. José se ve intenso, intensísimo y extraordinariamente dotado para el gozo y el placer en todos los sentidos.

Impulsos e instintos intensísimos y cada vez más integrados en una personalidad cristiana, que poco a poco va ganando la gracia. Pues D. José no entendió nunca la personalidad, ni la madurez, humana o cristiana, al margen de la gracia, fuera de Cristo.

Se reconoce de temperamento alegre y sereno, como siempre le hemos conocido todos. Muy intenso también en los sentimientos, aunque más bien pocos y profundos; sentimientos, sobre todo, de alegría y esperanza.

Hombre profundamente intelectual, por otra parte, con una voluntad fuerte y que disfruta queriendo, pues no le va la blandura ni por versatilidad, ni por rigidez de costumbres, dice de sí mismo:

⁹ Fundación "José Rivera", **POEMAS**. Cuaderno n. 20. Pag. 69.

"Un conjunto de cualidades humanas, como el que Dios me ha donado -y la personalidad consiste cabalmente en esta armonía-respecto de la verdad, del amor, de la belleza, del bien... no lo he encontrado jamás"¹⁰.

De cara a la ternura me parece que habría que señalar estas cualidades de D. José que le hacen especialmente apto: Sabemos que es un temperamento singularmente personalista y ello es un buen instrumento para la ternura. Junto a esto descubrimos su tendencia intensísima a la grandeza, a lo infinito, que él mismo reconoce que Dios lo puso en él desde niño. Y finalmente la tendencia a lo absoluto, el deseo de totalidad: *"Yo he querido siempre saberlo todo; querer del todo y que del todo me quieran"¹¹.*

Para la expresión, pues, para la realización de la caridad, que tantas veces llamará así: *ternura*, D. José ha recibido un aparato expresivo y ejecutivo fabuloso. El mismo lo reconoce, lo que no le produce soberbia, ni vanidad, pues sabe que todo lo ha recibido y es solamente puro administrador. Y todo ello supone más bien responsabilidad y mucha tarea de integración.

Pues dos detalles se revelan conscientes en el vivir de D. José: El sabe que está funcionando en tantos aspectos, como fuera de su temperamento, en contra de su carácter. Pero sabe además, cuando se examina -y lo hace exhaustivamente, incluso en el nivel psicológico- que es siempre para en pocas determinaciones dejarse, abandonarse al Espíritu Santo, que es Amor.

Porque es tarea de Dios moderar y de D. José dejarse hacer continuamente por la fuerza del Espíritu, que es ternura de Dios:

¹⁰ Diario 1972. Pag. 29.

¹¹ Diario 1972. Pag. 51.

"Siempre me han atraído -y me he sentido comprendido al menos parcialmente- por quienes hablando de mí me han visto como volcán, torrente, océano... Siempre algo desmesurado, algo impetuoso, enorme (fuera de las normas, de los confines), fuerza sin regir. Ahora, el volcán lanza todavía piedras sin abrasar, el torrente se vierte talando los montes, devastando los llanos... Es la tarea de Dios el moderar. En el principio Dios ordenó el caos con la fuerza del Espíritu que planeaba sobre las aguas. No puedo menos de pensar que allá, en el cielo, al otro lado del reino de la muerte -pues aquí en la tierra ni se sabrá nada jamás, ni se entendería si se supiese- los hombres ya resucitados gozarán contemplando la obra de Dios con esta bestia salvaje que soy yo. Hace siglos y siglos que llevamos disfrutando con el mito de Orfeo, que con su música amansaba a las fieras; pero la obra de domesticación de Cristo en mí, este ir metiendo en cauce mi torrente, en compases mi estruendo, este ir convirtiendo en caridad ardiente y luminosa la llama oscura y heladora de mi volcán, yo la verdad, no he visto jamás nada semejante. Y considero una gracia muy peculiar, muy grande, el hacerme testigo de esta obra. Pues ella es pura ternura; y mi santificación completa manifestará, yo creo que como jamás se ha manifestado, la victoria incomparable de la ternura de Cristo. Pues El jamás se ha airado contra mí, todo ha sido hasta ahora, y no veo por qué cambiaría, firme ternura, constante ternura, y volviendo al comienzo, y viendo la ternura desinteresada como forma idéntica a la fuerza, diría en dos palabras que darían siglos de contemplación, tiernísima ternura..."¹².

Pero ¿qué es la ternura para D. José?

¹²

"La ternura verdadera es el juego de la fuerza sobre la debilidad, con la consecuencia inevitable de complacencia doble: la que experimenta en sí misma toda facultad que actúa y la de la unión bienhechora sobre el amado"¹³.

A la luz de esta definición se ilumina mejor el inmenso trabajo de la gracia en la personalidad de D. José. Un trabajo finísimo, que llevándole según su manera de ser y a la vez purificándole, potencia más y más estas capacidades para la ternura:

"Podría resumir todo en la palabra ternura. De paso anoto que, progresivamente contemplo esta cualidad como básica, como un aspecto inseparable de la verdadera fuerza. No es que se pueda aparecer tierno siendo débil, pero en rigor no se es tierno, simplemente se provoca la ternura ajena, para sentirse apoyado. La fuerza, en cambio, es necesariamente tierna, pues nada puede buscar en otro y además necesariamente también contempla de arriba a abajo y, no sintiéndose amenazada, se vierte como la nieve o el agua de la cima sobre el llano"¹⁴.

Así le hemos conocido todos y le hemos acogido en su palabra, en su consejo y en su caridad pastoral, vertido como la nieve o el agua de la cima sobre el llano. Y nunca amenazado, ni amenazador, sino fuerte y comunicando fortaleza, sosteniendo y levantando. La fuerza es, para D. José, necesariamente ternura.

Así desea contemplar D. José a las Personas divinas. La perspectiva fundamental en el conocimiento y la contemplación de la Trinidad es, ha de ser, la ternura. Tanto es así que desea, como maravilloso, poder estudiar todo esto en la Biblia, en la Liturgia, en la vida de los santos, en la historia general

¹³ Diario 1972. Pag. 60.

¹⁴ Diario 1972. Pag. 60.

de la Iglesia¹⁵.

Ahora entendemos mejor esa frase de San Juan que tanto gustaba de repetir D. José y que se hacía jugosa en sus labios: *"Nosotros somos los que hemos conocido y hemos creído el amor que Dios nos tiene"* (Jn 4,16). En la cercanía de San Juan, del que él gustaba tanto conocimiento y amistad, escribirá D. José que Dios es pura ternura y piedad.

A partir de esta doble dimensión de la ternura, -la ternura es la fuerza que se inclina, como la nieve o el agua de la cima sobre el llano-, ya todo es más luminoso en la experiencia de D. José.

Ternura es la misericordia divina que se vuelca continuamente sobre el hombre y que D. José gusta de cantar continuamente:

¹⁵ Cf Diario 1972. Pag. 61.

"Necesariamente la revelación de la ternura de Dios parece sequedad y dureza a los hombres. Su ternura es un aspecto de su fuerza infinita, que no se conmueve, no se tambalea, por la visión de los sufrimientos ajenos, sino que los remedia, los emplea y los acaba en gozo inconcebible"¹⁶.

Ternura es la oración, que D. José define como ir a recibir la ternura de Dios, su amor que nos construye. Ternura es la contemplación de las escenas del Evangelio. Ternura es la recitación de los Salmos, sobre todo, el Salmo 102, que disfruta revolviendo en el corazón y en los labios, en tantos momentos, a lo largo del día.

Ternura es la paciencia de Dios con nosotros que somos pecadores. Pero El *"está siempre al quite para levantarnos"* -otra definición de la ternura divina-. Ternura es el amor de Dios que se adapta multiformemente a todo tipo de personas, a los modos de cada uno. Ternura extrema, porque nos amó hasta el extremo. Ternura plenamente saciativa, lo veremos después al hablar de Cristo.

Todo esto a D. José le es muy fácil contemplarlo, recibirlo, porque se ve preparado para el amor de intimidad, de confianza, de única amistad.

Y escribe así, en mitad de la noche de oración y poesía:

¹⁶ Diario 1974. Pag. 13.

"Si me hubiera casado, ¿no habrían sido estas horas las de intimidad máxima, en soledad segura, silenciosa? Charlas, por supuesto, y mero estar en plenitud de actuación afectiva. Pues lo mismo con El. Que además no necesita ya dormir. Y que me ha hecho tan particularmente apto para el amor de intimidad, de confianza y, por añadidura, vigilante. Yo todavía preciso dormir, pero, gracias a El, (qué poco!"¹⁷.

Por otro lado, todo el itinerario de la fe, que D. José vivió con tanta audacia y entrega, es camino de conocimiento y penetración de la ternura de Dios. Apenas puesto a actualizar la fe, se enternece muy fácilmente con el misterio. El ejercicio de fe, la mirada de la fe en la oración y el estudio, en la conversación o en la plática, en el simple contacto de las cosas sencillas es expresión de fe y de ternura:

"Posiblemente, mi propio temperamento personalista y absoluto es un buen instrumento en este sentido. Nada tiene de particular que yo, tan extremadamente sensible al amor y a la sabiduría; tan sumamente tierno hacia las personas, al menos muy frecuentemente, y desde luego hacia los críos, me enternezca fácilmente a poco que crea. Si me dejan tan orondo mis éxitos con Marisa y Paloma, si estoy tan a gusto con ellas -a quienes jamás volveré a tropezar en este mundo- en brazos ¿cómo no sentiría la ternura de este amor ilimitado? Si por otra parte soy tan extremista, ¿cómo no complacerme en lo único extremo, en el único amor "hasta el fin", de que se puede hablar con verdad ("hasta el fin", en suma es el "in fine sine fine", de que hablaba Agustín, aquel enorme enamorado)"¹⁸.

A estas alturas, una conclusión se me impone: D. José no es solamente un fenómeno de la naturaleza, pues la naturaleza anda tantas veces desbordada por el pecado. Tampoco es aisladamente una personalidad muy

¹⁷ Diario 1972. Pag. 23.

¹⁸ Diario 1972. Pag. 38.

singular, con rasgos admirables desde todos los puntos de vista, pues todo esto y más podría haberse perdido. D. José es obra admirable de la gracia y, más en concreto, obra del amor y de la ternura de Cristo. Cristo le ganó para sí y Cristo también nos ganó para nosotros a D. José.

5.- *Enamorado de Cristo:*

Para entrar en este punto central, he de recordar la otra fecha o momento singular en la vida de D. José, que hemos dejado apuntada más arriba. Una era la experiencia del año 1972. Y ahora nos introduce en este apartado la experiencia de conversión de los 17 años, fecha a mi juicio fundamental.

No hace falta que recalque que D. José fue precoz en todo. Y por eso es revelador descubrir ya en sus primeros años **constantes** en su vida, en su talante, en su experiencia cristiana, que duran toda la vida, matizándose y enriqueciéndose siempre, pero las mismas constantes, al fin y al cabo.

A propósito de su precocidad precisamente en las cosas del Espíritu, él mismo se pregunta:

"Ha habido muchas personas, que a los 12 años fueran capaces de gozar la lectura de Santa Teresa de Jesús, de Santa Teresa de Lisieux, de San Juan de la Cruz o de las Confesiones de San Agustín? (Cómo me prevenía su amor! Y lo más extraño es que no ha habido en toda mi vida una temporada prolongada, en que no haya disfrutado de tal especie de lección"¹⁹.

D. José resume su experiencia de los 17 años como "**la gran gracia inicial**", la gracia del primer amor y entrega a Cristo, con la que comenzó en serio esa larga andadura del seguimiento de Cristo que llenará ya toda su vida. Primero, el Seminario y luego, la vida ministerial tan diversa y tan rica, sobre todo, en lo personal.

Esta gracia inicial tiene "unos umbrales" que D. José vive en los años de adolescente. Por estos años está bebiendo a sorbos abundantes el testimonio recibido de su hermano Antonio, que le enciende para una mayor entrega. Se está iniciando así un giro en su vida, a los pies de Cristo crucificado, como experiencia de conversión y nueva valoración, que él resume con versos de 15 años:

¹⁹ Diario 1972. Pag. 81.

*"Y juzgando engañosa la hermosura,
Teniendo por mentira lo sabido...
A la muerte llamaba, mas un día,
Mi corazón hirió con sus amores
El roto cuerpo que en la cruz pendía"²⁰.*

En estos años es probado, sobre todo, en la espera y aprende a esperar contra toda razón humana de esperanza. Y esta experiencia de esperanza le marcará toda su vida. También es probado en la fe y aprende a creer contra lo que veía palpable. Así recibe el don de una fe firme y, sobre todo, viviente, que le revivió, que literalmente le resucitó.

²⁰ Diario 1972. Pag. 67. **POEMAS**. Pag. 31.

*"Pienso que hubo un tiempo en que, tal como yo era, me dejé influir por El; y pienso que es de tal manera fiel a su amor que no ha permitido que aquella entrega de un día quedase infructuosa para mí, ni para otros"*²¹.

Después de muchos años podrá constatar: *"Desde los 17 años, no he dejado nunca de esperar, en medio de la experiencia más dura de mi fracaso. Ello es una gracia que sobrepasa ciertamente cualquier imaginación"*²².

A los 17 años, después de comenzar a estudiar Literatura en la Universidad Complutense de Madrid, D. José vive, al hilo de unos Ejercicios Espirituales, esta su primera y radical conversión, que yo señalaría precisamente así: Conversión total al amor de Cristo. Total no quiere decir que no vendrán más, ni tampoco excluyente de crecimiento.

En estos años D. José creía tener abiertos ante sí todos los panoramas del amor y de la sabiduría humana, que se le presentaban inmensamente atrayentes. Pero lo deja todo por Cristo, que le ama y la muestra su amor absoluto y hechizante, precisamente desde la cruz.

)Cómo dibuja D. José los rasgos de esta conversión al amor de Cristo?

1.- **"Elegí ser elegido"**: Experiencia singular de la iniciativa absoluta, total de Cristo, que a él le iluminó y fortaleció para elegir así, para responder así. Nada puede ni quiere ofrecer desde el principio. Y así después y siempre. Simplemente elige ser elegido.

²¹ Diario 1972. Pag. 26.

²² Diario 1972. Pag. 17.

2.- "**Colocado en situación de entrega total**": D. José siempre agradecerá la postura fundante en que le colocó esta "gracia inicial" de los 17 años. Todo su carácter personal y absoluto, su estilo personal, fue literalmente levantado por Cristo. Y aunque hubo después regateos, -como él mismo dice "*en los precios concretos del amor*"-, ya su vida mantendrá siempre esta constante de referencia al amor de Cristo.

3.- "**Rompí con seriedad mis ataduras**; quemé mis naves sin dejar cenizas, sin pararme a contemplar sus pavesas": Abandona el amor humano y la humana sabiduría; deja la biblioteca y regala muchos libros. Lo deja todo, lo quiebra todo, para fiarse solo del amor de Cristo.

4.- Tal postura le llevó a **no apoyarse en nadie**, a no poder apoyarse en nadie. Solo en Cristo. Y éste es el camino que nos muestra a D. José, caminante solitario de los senderos de Dios y de la búsqueda de las almas para llevarlas a Cristo, a la experiencia del amor de Cristo.

Soledad luminosa, que él tanto apetecía y que le impele continuamente a la oración y el trato con Dios. Y también a sufrir en ocasiones incomprendimientos y rechazos. Es de temperamento único y único para la amistad y eso no lo comprenden todos:

*O tomarme todo y solo
 O no tener común nada;
 A nadie soy necesario,
 A mí nadie me hace falta.
 Pero no se llame amigo
 Quien conmigo no le basta.
 O arraigar en mi ternura
 O extrañarse de mi casa;
 O planta en mi propia tierra
 O ave nómada que pasa;
 O vivir en mi alma sola
 O lejano respetarla.
 Ni llamo ni expulso a nadie
 De mis cimas solitarias;
 Pero al extranjero que huye
 Le tiendo puente de plata.
 En mi noche luminosa*

*Con mi soledad me basta*²³.

Y con estas armas y disposiciones, D. José encara la vocación sacerdotal y, dejando todo, da con su vida y sus fervores en el Seminario de Comillas:

²³ Autobiografía poética.

"Pues yo me he alejado frecuentemente de El, pero El jamás se ha apartado de mí. Diría que en mi vida de sacerdote se ha vuelto a repetir, resumida e intensificada, mi vida anterior. Para hallarme otra vez, como en aquellos momentos en que experimenté una fe viviente que me fortaleció para dejarlo todo -el todo que yo entonces veía- y lanzarme a la aventura del Seminario, tan contrario a mi estilo natural en todo. Aquella experiencia que pareció cegarme a tantas cosas para correr, como frenético, por medio de obstáculos insalvables a mi temperamento. Verdad que al final caí enfermo. Verdad que a nadie recomiendo ciertas maneras de aquel frenesí; pero retocándolo un poco (cuánta belleza en aquellos tiempos! Y en el conjunto de mi carrera, con sus extravíos conocidos e ignotos, (qué experiencia del perdón, de la ternura divina!"²⁴.

Yo creo que a la luz de esta experiencia de los 17 años, podemos decir que D. José vivió del amor y de la ternura de Cristo, aunque con regateos. Caminó hundido en el amor de Cristo.

Detengámonos ahora en el amor mismo de Cristo. La vida y la obra de D. José nos presentan unos rasgos de este amor que él supo recibir y que a él le alcanzó de pleno, hasta derribarle.

El quiso, no más, ser testigo de la ternura de Cristo. Y no tener precisamente otra paga que ésta:

"Pues hay una sola cosa en que no he fracasado y en que espero triunfar en toda la línea: desde hace al menos 25 años, me tengo propuesto como resumen de todo ser testigo, no más, de la ternura de Cristo"²⁵.

D. José nos revela el amor de Cristo como yugo *suave y tierno*, que ciertamente nos ata, gozosamente nos obliga, pero suavemente. Es su experiencia que no puede no testimoniar. Al mismo tiempo este testimonio se

²⁴ Diario 1972. Pag. 66.

²⁵ Diario 1972. Pag. 64.

hace preciosa lección de gracia, de esa lección de gracia que D. José supo impartir no solo en la cátedra, sino sobre todo con su vida y ministerio, totalmente traspasados por esta experiencia de ternura:

*"Espero que Dios me ilumine, pues quiero -y no dudo de que este querer dimane de Dios mismo- experimentar esa suavidad, esa ternura del yugo de Cristo, que tanto predico. No quiero constricciones en mi vida. No yuxtaposiciones: un ver en Dios y un realizar humanamente, por decretos de mi voluntad que trate de imponerse a mis sentidos, a mis impulsos. Sino la experiencia de la gracia de Cristo, que induce sabrosamente mis potencias a su amable servicio"*²⁶.

"No querer constricciones, ni yuxtaposiciones" significa entender que D. José disfrutaba la soledad que a tantos nos asusta, para estar con El, con Cristo Esposo. Significa que las vigiliias nocturnas no son principalmente esfuerzo ascético, sino las horas mejores para la actividad más alta y gozosa: el amor recibido de Cristo. Significa que tantas renunciias y austeridades nos descubren el amor saciativo de Cristo.

Por eso él resume así la "**suma ascética**" de su vida y así la recomienda: *"Siempre que me acuerde -que es don suyo- preguntarle qué quiere que hagamos"*²⁷. Es costumbre antigua, que viene de los mejores tiempos de la gracia inicial y que procurará renovar en cada tiempo de avance y crecimiento..

También le alcanza a D. José el amor de Cristo que tiene, sobre todas, una cualidad para él hechizante: La **totalidad**.

"Uno de los hechizos del Evangelio para mí; una de las cualidades de Cristo, que me arrebatan, es la totalidad. Pero yo jamás he creído

²⁶ Diario 1974. Pag. 73-74.

²⁷ Diario 1976. Pag. 44.

*totalmente*²⁸.

Esta cualidad del amor de Cristo es la que más o menos asusta a casi todos. Y es precisamente lo que más atractivo le resulta a D. José. Porque Cristo habla en términos absolutos, porque El llama con exigencias absolutas a seguirle, porque ofrece un amor absoluto, D. José se dejó arrebatar por él. Su deseo de totalidad no encuentra otra medida mejor. Incluso en la amistad humana, deseó la totalidad, hasta cierto punto imposible en este mundo y por eso fuente de soledades, como las que experimentó D. José en su vida. Soledades e incomprensiones.

A él que tanto le gustaba lo único, -aunque fuese insignificante, a los ojos de los demás-, supo penetrar esa mirada evangélica que ilumina lo único, lo más radical del amor de Cristo:

²⁸ Diario 1972. Pag. 75.

"Esto es precisamente lo que empuja a muchas gentes para entender el amor de Cristo, que es único, absolutamente único; que no presupone la cualidad del amado, sino que la crea; que tan solo precisa que el amado reconozca su impotencia total, de una totalidad también absoluta, por lo menos inexperimentable en los niveles naturales. Y que aún este mismo reconocimiento pacífico es don suyo. Un amor que crea totalmente al amado. A decir verdad, esta misma operación amorosa es un milagro estricto, pues naturalmente el hombre queda sumido en unas realizaciones superlativamente misteriosas por sobrenaturales. Pero momento por momento, nuestra sola tarea es humillarnos ante El y creer en su amor"²⁹.

Algo que le hace gozarse más y más en el amor de Jesucristo es la experiencia de su **omnipresencia**. Se siente rodeado continuamente por el amor de Cristo hasta en las circunstancias o los detalles más pequeños. Vive en este clima, en este ambiente, es decir, rodeado de la ternura divina, sentida incesantemente. Y ese es el clima en el que sabe meter a quien se le acerca. Dondequiera que vaya o venga, encuentra esa ternura divina:

²⁹ Diario 1974. Pag. 131.

*"Ayer un tanto al azar, en uno de esos momentos en que estás 'haciendo tiempo', tomé el libro "Dios les basta" y lo abrí y topé con aquella frase -ya conocida- de Santa Teresa de Lisieux: "Hermana mía, Ud. quiere la justicia de Dios y la tendrá. Porque el alma recibe exactamente de Dios lo que de El espera". Salí llorando, porque en unos momentos en que tengo presente mi fracaso, me asegura cabalmente del éxito. Pues esto es cierto; siempre he esperado de Dios el amor sin más y lo he esperado en circunstancias diríamos desesperantes. Y por ello estoy seguro de recibirlo. Exactamente eso, pero en abundancia infinitamente mayor"*³⁰.

Este amor de Cristo se le presenta **gratuito, totalmente gratuito**. Así llega a definir la vida cristiana como amor de Cristo recibido consciente y amorosamente. Y sobre todo, admirado por la gratuidad:

*"No me molesta nada eso que tanto parece herir a muchos: dar a Dios los desechos. No trato de dar a Dios nada, pues El es siempre el que da. Es no más, por el contrario, quien manifiesta su grandeza, su autosuficiencia infinita, su ser Amor, amando a los que parecen más indignos de su amor. Y eso es, cabalmente, lo que le satisface. Y lo que me hechiza..."*³¹.

Y (qué decir de la belleza que tanto gustaba D. José, para la que se creía especialmente dotado para percibirla, adivinarla, saborearla! Sobre todo el amor de Jesucristo es para D. José **bello, inmensamente bello**:

"Mi vida se me ofrece como una obra de belleza maravillosa. (Dios mío, nada hay más hermoso que el amor! Dios, que es Amor, es belleza! Y los 46 años ya pretéritos están apretadamente llenos de manifestaciones, de realizaciones del amor de Cristo. Y en El, actuando sin cesar, el Padre y el Espíritu. Si fuera pintor, (qué cuadro! Si tuviera tiempo, (qué poema! San Juan de la Cruz pudo cantar -lo que daba su experiencia- el amor de Cristo a una esposa fiel; yo compondría el cántico del amor de Cristo al hombre que no le fue fiel jamás. Y ese matiz es todavía más bello. El poema no lo escribiré nunca; pero el gozo de la contemplación de este Amante, eso no me lo puede impedir nadie, como no sea El mismo, para que

³⁰ Diario 1972. Pag. 25.

³¹ Diario 1972. Pag. 19.

*le ame yo de una vez*³².

D. José vive enamorado de la plenitud personal arrebatada de la belleza, que es Cristo.

Finalmente, -y la lista se podría alargar casi indefinidamente- El amor de Cristo es experimentado por D. José **plenamente saciativo**:

³² Diario 1972. Pag. 23.

"Pero jamás, desde hace mucho tiempo, he hallado yo un solo árbol en que descansar. A la verdad no lo he echado nunca de menos. Para esto me ha bastado siempre Cristo y no he podido comprender, ni en mis peores momentos, esa proliferación de literatura sobre la soledad y la necesidad de apoyo en los sacerdotes. Que Cristo basta es para mí algo experimental y fuera de toda duda. Pero como no me encuentro de ninguna manera autosuficiente, ello ofrece al menos terreno fácil para sentir esta ternura temperamental, una vez tocada por la gracia, elevarse vertical hacia arriba y la ternura que me hincha, cuando tengo a Paloma en brazos, me llena lo mismo, pero más vigorosa, diría incluso, violentamente, cuando me siento yo en brazos de El"³³.

Esto revela el fundamento, la raíz de esa capacidad de D. José de ser él mismo para muchos árbol para ofrecer descanso, más o menos prolongado. Y es que la ternura de Cristo es fuente de paz, de imperturbabilidad, de serenidad ante las personas y las cosas.

Todo esto nos revela que D. José, especialmente afinado para la ternura, se dejó hacer a la medida de Cristo. Y supo descubrir, sobre todo en los momentos de la primera conversión al amor de Cristo, que estaba hecho para Jesucristo:

"Pues estoy hecho a su medida. Siento vivamente que para mi manera peculiar solo El se presenta saciante. Pues está hecho para mí -vivió y murió y vive de nuevo resucitado para mí-, como yo estoy hecho para El, `para que los que vivimos, vivamos para Cristo"³⁴.

6.- Final:

Hemos de terminar. No podemos alargarnos más, aunque quedan

³³ Diario 1972. Pag. 39.

³⁴ Diario 1972. Pag. 40.

tantos aspectos que comentar y que espero ser obligado por otra circunstancia para seguir manos a esta obra. Sí quisiera terminar con dos cosas: Nosotros también queridos por Dios. Y esperanza, confianza.

La ternura de Dios en Cristo es universal y eterna y se revela en sus mejores hijos siempre eficaz. Nosotros la hemos conocido en D. José de una manera especial. Nos toca ahora, por lo menos, confesar que estamos llamados a hacer fructificar este diálogo que hemos tenido con él -y el conocimiento y la experiencia que hemos recibido- en frutos de santidad.

La santidad eficaz de todo cristiano se manifiesta en los frutos de santidad de muchos, en definitiva, de toda la Iglesia. Nosotros somos "los muchos" que hemos conocido el testimonio de D. José y estamos por ello cabalmente llamados a frutos de santidad, para no andar como negadores de esta testimonio.

Pero hemos de saber caminar con el talante siempre esperanzado que él nos inculcó especialísimamente y que yo quiero subrayar con unos versos de Eliot³⁵, el poeta que tanto gustaba a D. José y que acompañó sus noches de oración y estudio:

*"Para nosotros, solo existe el intento.
El resto no es cosa nuestra".*

*D. José Luis Pérez de la Roza
Director Espiritual del Seminario "Santa Leocadia" de Toledo.*

³⁵ T.S. Eliot, "Cuatro cuartetos". Madrid. 1951. Pag 93.

6.- HOMILÍA EN LA MISA DE LA APERTURA DEL PROCESO

*D. Francisco Álvarez Martínez,
Arzobispo de Toledo, Primado de España.*

**APERTURA DEL PROCESO DE CANONIZACIÓN
DEL SIERVO DE DIOS
JOSÉ RIVERA RAMÍREZ, SACERDOTE**

*Homilía en el Seminario Mayor de San Ildefonso
Toledo, 21 de noviembre de 1998*

Queridos hermanos sacerdotes, vida consagrada y fieles laicos:

1. Nos hemos reunido esta mañana para celebrar la Eucaristía y pedir a Dios Padre el don de su Espíritu al abrir el Proceso de Canonización del Siervo de Dios José Rivera Ramírez, sacerdote de nuestra Diócesis que murió con fama de santidad el 25 de marzo de 1991. Hemos comenzado esta Liturgia invocando al Espíritu Santo: "Ven, (oh Espíritu creador!, visita las almas de tus fieles y llena de la gracia divina los corazones que Tú has creado...". Petición que ha de permanecer viva en nosotros, pues sin la acción del Espíritu es imposible asumir la responsabilidad de un Proceso de Canonización sobre cada uno de los que hemos de intervenir: Prelado, miembros del Tribunal, peritos que han de estudiar la vida y escritos del Siervo de Dios, y testigos de esta vida singular. Todos necesitaremos de la acción de Dios, pues sin los dones del Espíritu Santo no sabremos ni podremos reconocer su acción y sus frutos.

***Final del Año Litúrgico en el Año del Espíritu Santo:
nueva llamada a la santidad***

2. Estamos viviendo los últimos días de un Año Litúrgico, y la Iglesia nos invita a contemplar el misterio de la vida eterna, del Juicio Final, de la Santidad de Dios y de la santidad de muchos hermanos nuestros que ya disfrutaban de su presencia adorable. Mañana celebraremos la fiesta de Jesucristo Rey del Universo, Solemnidad que nos presenta la belleza y el poder del Resucitado, el Vencedor del pecado y de la muerte, el Señor de vivos y muertos. Todo ello es gracia que nos mueve a levantar la mirada al cielo y a reconocer con humildad y gratitud que esa es nuestra meta, que allí es donde cada uno de nosotros encuentra la verdad de su vocación de hijos de Dios en el Hijo.

Pero, además, estamos en los últimos días de este año dedicado por el Papa Juan Pablo II al Espíritu Santo, como preparación para el Jubileo del año 2000. Hemos estado contemplando y celebrando el Amor de esta Persona Divina, que es el alma de la Iglesia, que lleva a plenitud la vocación de todo hombre: la vocación a la santidad.

3. Todos estamos llamados a la santidad, a la plena comunión con Dios. Y es tarea de cada uno responder a esa llamada divina en las diversas circunstancias y vocaciones como afirma el Concilio: "Una misma es la santidad que cultivan, en los múltiples géneros de vida y ocupaciones, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, y obedientes a la voz del Padre, adorándole en espíritu y verdad, siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, a fin de merecer ser hechos partícipes de su gloria. Pero cada uno debe caminar sin vacilación por el camino de la fe viva, que engendra la esperanza y obra por la caridad, según los dones y funciones que le son propios" (LG 41).

Una santidad que se ha de probar

4. De acuerdo con la tradición de la Iglesia, el Vaticano II rinde culto a los santos y venera sus imágenes y sus reliquias auténticas (cf. SC 111). Para ello se inicia el llamado Proceso Canónico que comienza con la beatificación: "La beatificación es una sentencia no definitiva, que tiende a la canonización, es decir, a la sentencia definitiva del Papa por la cual, en virtud de su infalibilidad, declara que un beato está en el cielo, y por tanto, hay que inscribirlo en el catálogo de los santos y tributarle culto en toda la Iglesia. Por el contrario, cuando el Papa decreta la beatificación, declara simplemente, en virtud de su magisterio, que un siervo de Dios ha ejercitado las virtudes en grado heroico, y permite que se le tribute culto público con ciertas limitaciones (p. ej. en una diócesis o región eclesiástica, o en una familia religiosa), hasta que sea declarado santo. La causa se llama 'de canonización', porque la beatificación tiende a la misma" (P. Romualdo Rodrigo, Manual para instruir los procesos de canonización. Universidad Pontificia de Salamanca 1988).

Tan solo una vida cristiana, centrada en el seguimiento y comunión con Jesucristo puede constituir el espacio y el punto de convergencia de cuanto se haga y pruebe en todo Proceso de Canonización. El Concilio Vaticano II, aun sin dar una definición teórica de la santidad cristiana, propuso inequívocamente de forma positiva su doctrina acerca de la santidad cristiana, en perfecta armonía con lo que el Magisterio auténtico

tradicionalmente ha enseñado. Y ha declarado que "la Iglesia... es indefectiblemente santa. Pues Cristo, el Hijo de Dios, quien con el Padre y el Espíritu Santo es proclamado 'el único Santo', amó a la Iglesia como a su esposa, entregándose a Sí mismo por ella para santificarla (cf. Ef 5, 25-26), la unió a Sí como su propio cuerpo y la enriqueció con el don del Espíritu Santo para gloria de Dios. Por ello, en la Iglesia, todos, lo mismo quienes pertenecen a la Jerarquía que los apacentados por ella, están llamados a la santidad, según aquello del Apóstol: 'Porque esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación' (1 Tes 4,3; cf. Ef 1,4). Esta santidad de la Iglesia se manifiesta sin cesar y debe proclamarse en los frutos de gracia que el Espíritu produce en los fieles. Se expresa multiformemente en cada uno de los que, con edificación de los demás, se acercan a la perfección de la caridad en su propio género de vida, de manera singular aparece en la práctica de los comúnmente llamados consejos evangélicos. Esta práctica de los consejos, que, por impulso del Espíritu Santo muchos cristianos han abrazado tanto en privado como en una condición o estado aceptado por la Iglesia, proporciona al mundo y debe proporcionarle un espléndido testimonio y ejemplo de esa santidad" (LG 39).

Una santidad que se ha de imitar

5. También, por medio de los Procesos de Canonización, la Iglesia recuerda a todos sus hijos que la vocación del cristiano beatificado/canonizado es una invitación a imitar a Jesucristo heroicamente, es decir, a la unión más íntima y profunda posible con Dios en Cristo, a la que todos hemos sido llamados. Si el proceso de cada Santo muestra su ejemplar espiritualidad, siempre en condiciones de vida variantes, su modelo de santificación personal nos muestra sus peculiares frutos y obras sustentadas en las virtudes teologales de la fe, esperanza y caridad, que nos invitan, de hecho, a estar dispuestos en todo al sacrificio más sublime de la caridad, es decir, el de la renuncia a sí mismo por amor de Cristo y de su Iglesia. No es cierta, pues, la concepción según la cual pocos elegidos serían llamados a la santidad perfecta.

El concepto de santidad se extiende, pues, desde el plano ontológico al plano moral. "Mirando la vida de quienes siguieron fielmente a Cristo, nuevos motivos nos impulsan a buscar la ciudad futura (cf. Hbr 13,14; 11,10) y al mismo tiempo aprendemos el camino más seguro por el que, entre las vicisitudes mundanas, podremos llegar a la perfecta unión con Cristo o santidad, según el estado y condición de cada uno. En la vida de aquellos que,

siendo hombres como nosotros, se transforman con mayor perfección en imagen de Cristo (cf. 2 Cor 3,18), Dios manifiesta al vivo ante los hombres su presencia y su rostro. En ellos El mismo nos habla y nos ofrece un signo de su reino, hacia el cual somos atraídos poderosamente con tan gran nube de testigos que nos envuelve (cf. Heb 12,1) y con tan gran testimonio de la verdad del Evangelio (LG 50).

Con específica respuesta a la santidad sacerdotal

6. Pero, al iniciar el Proceso de Canonización de un sacerdote diocesano, que no quiso otra cosa que ser sacerdote diocesano, es el momento adecuado para que, en el marco del Seminario y en la presencia de tan nutrido grupo de sacerdotes concelebrantes, renovemos nuestra conciencia de ser llamados por Jesucristo a la santidad sacerdotal.

En efecto, nuestra vocación es vocación a la santidad sacerdotal, a la configuración plena con Jesucristo Sacerdote, Pastor y Víctima, que se ofrece al Padre e intercede por los hombres. Hemos sido llamados y configurados con Cristo por el don del Espíritu, con la unción sacramental y la imposición de las manos del Obispo, donde la santidad sacerdotal encuentra su raíz y su fuente. El ejercicio del ministerio será santificante para nosotros en la medida en que lo realicemos desde esa configuración, desde esa nueva relación que ha brotado de la unción del Espíritu, con las mismas actitudes de Cristo.

La formación en el seminario, por tanto, no puede limitarse a una simple capacitación para el ejercicio de las funciones sacerdotales, sino que ha de ir mucho más allá. Ha de conformarnos en orden a la santidad sacerdotal, lo que nos lleva necesariamente a la oblación de todo nuestro ser para llegar a vivir y actuar 'in Persona Christi'. Ello supone una formación seria y profunda, en la que será necesario recurrir al Magisterio de la Iglesia y al testimonio de santos sacerdotes, como San Juan de Avila, el Santo Cura de Ars y tantos otros: una santidad de vida. El Papa Juan Pablo II ha reiterado que el sacerdote, el misionero, el evangelizador, ha de ser santo. Solamente desde una pastoral de santidad se puede evangelizar a un mundo que se muestra cada vez más pagano.

7. En el testimonio y doctrina de los santos sacerdotes encontramos siempre imprescindible la oración, concebida como relación amorosa, íntima y personal con Jesucristo, que nos lleva a conocer al Padre bajo la acción del Espíritu. Oración larga y pausada, sin prisas, que no se contenta solamente con el rezo cumplidor de la Liturgia de las Horas, sino que busca y ansía el encuentro personal con Cristo que nos ha llamado a vivir en su comunión y a

participar en su misma misión redentora. No puede haber aspiración seria a la santidad sacerdotal sin vida intensa de oración. Que, a su vez, supone la obediencia ministerial y el amor a la cruz, acompañadas de una adecuada formación. Y, como clave de esta espiritualidad sacerdotal, la caridad pastoral que sintetiza y unifica la vida y las virtudes del sacerdote: "El principio interior, la virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero en cuanto configurado con Cristo Cabeza y Pastor es la caridad pastoral, participación de la misma caridad de Jesucristo: don gratuito del Espíritu Santo y, al mismo tiempo, deber y llamada a la respuesta libre y responsable del presbítero. El contenido esencial de la caridad pastoral es la donación de sí, la total donación de sí a la Iglesia, compartiendo el don de Cristo y a su imagen" (PDV 23).

8. Mis queridos hermanos: Después de esta Eucaristía nos disponemos a abrir el Proceso de Canonización del Siervo de Dios José Rivera Ramírez, un sacerdote con fama de santidad, que quiso responder vehementemente, con todo su ser, a la llamada del Señor y que nos ha dejado un testimonio notable de oración, de vivencia de la cruz, de obediencia, de amor a la Iglesia y de estudio. Es un momento de gracia singular para nuestra Iglesia Diocesana. Invoquemos, pues, al Espíritu Santo para que nos asista con su gracia durante la consecución del Proceso.

Sin duda, Dios quiere que la apertura de este Proceso de Canonización sea una llamada seria y profunda a todo nuestro Presbiterio Diocesano, a nuestros Seminarios, a la vida consagrada inserta en nuestra Archidiócesis y a todos los fieles laicos, para que renovemos con entusiasmo nuestra respuesta a la llamada universal a la santidad.

Que así sea.

7.- BREVE BIOGRAFÍA DEL SIERVO DE DIOS JOSÉ RIVERA

Por D. Demetrio Fernández.

Breve biografía del Siervo de Dios

JOSÉ RIVERA RAMÍREZ.

Nacimiento, infancia, ambiente familiar

El siervo de Dios José Rivera Ramírez nació en Toledo el 17 de diciembre de 1925, en la plaza de Santa Isabel, número 2, en el seno de una familia profundamente católica. Su padre José procedía de Santiago de Compostela y era médico, manteniendo por este motivo una relación muy estrecha con los Seminarios Mayor y Menor, vecinos de su casa, y con los cardenales Gomá y Pla, a los que atendía normalmente. Presidente de la Federación de Padres de Familia Católicos, llegó a ser alcalde de la ciudad de Toledo, y varón muy respetable. Su madre Carmen procedía de Ayllón (Segovia), celosa de su casa y amante de sus hijos, se dedicó directamente a la educación de los mismos, procurándoles maestros en su misma casa. El matrimonio había recibido de Dios anteriormente otros tres hijos: Carmen, Antonio y Ana María. José era el más pequeño.

Fue bautizado a los pocos días de su nacimiento, el 2 de enero de 1926, por el párroco don Benito Muñoz de Morales en la Parroquia de Santo Tomás de Toledo. En el bautismo recibió los nombres de **José-Felipe-Vivino.-José**, como su padre y como su abuelo materno, **Felipe**, como su bisabuelo materno de origen napolitano, y **Vivino**, por el santo del día (que en conversaciones amistosas gustosamente cambiaba por Adivino \cong). Fue confirmado el 27 de marzo de 1927 en su misma parroquia por el cardenal Reig.

Sus dos hermanos mayores, Carmen y Antonio, fueron sus padrinos de bautismo y ejercerán un influjo notable sobre él. Ana María, más cercana a su edad, ha convivido gran parte de su vida con el siervo de Dios.

A los 7 años, en la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús del año 1933, hace la Primera Comunión en Toledo, que recordará con gozo durante toda su vida. Para ella le preparó esmeradamente su madrina, su hermana Carmen, que le ayudó a formar su conciencia de niño y adolescente y cuidó especialmente de su formación humana y cristiana hasta su juventud

De niño se mostraba rebelde e inconformista, y su afición muy

temprana fue la lectura, a la que dedicaba horas y días enteros. Ya en los años de la niñez, durante los que se mostró precoz en tantas cosas, leyó de la mano de su madrina las obras completas de san Juan de la Cruz, haciendo personalmente un resumen de ellas. Sus ahorros los invertía en comprar libros, y era incluso capaz de privarse de caprichos o de la misma comida con tal de tener un libro nuevo, que devoraba inmediatamente.

Hablando de su ambiente familiar, afirma el siervo de Dios: A Yo personalmente estoy encantado de haber nacido, y de haber nacido en esta casa... He crecido en un ambiente de piedad, donde se desarrollaron Antonio y mi madrina, y yo pude recibir unas ideas básicas que han hecho especialmente fácil la vivencia de las ideas sobrenaturales≡ (*Carta, noviembre 1962*). AMe han enseñado el catecismo en esta misma casa que ahora habito. Y he recibido testimonios sobreabundantes en manifestaciones y en intensidad desde la cuna≡ (*Diario 4-IV-1990*)

El testimonio heroico de su hermano Antonio

Su hermano Antonio adquirió un fuerte protagonismo durante los años de la Segunda República en los ambientes de jóvenes católicos, llegando a ser entonces presidente diocesano de los jóvenes de Acción Católica. El y su hermana Carmen tenían un mundo de relaciones que convertía el hogar de los Rivera Ramírez en un foco de espiritualidad, de especial vinculación con la jerarquía, de interés por los temas sociales, de iniciativas apostólicas incesantes. En resumen, de auténtico compromiso seglar, alimentado por una profunda espiritualidad, por una escucha atenta al Magisterio de la Iglesia, que era leído y estudiado con dedicación, y por una inserción seglar en el ambiente de la época realmente admirable.

Este ambiente empapa la vida del siervo de Dios y le hace vibrar, ya desde su infancia, por las causas nobles de la Iglesia y de España, poniéndole en contacto desde muy pronto con las personas más influyentes de la vida eclesial del momento.

Antonio se sintió movido a llevar su compromiso laical hasta el heroísmo. Lleno de ardor apostólico y con la venia de las más altas jerarquías eclesiásticas españolas, decide entrar en el Alcázar de Toledo, uno de los puntos más importantes de resistencia del ejército nacional. Las armas que lleva consigo son sencillamente un crucifijo y el evangelio de san Juan. Allí se convierte en alma y aliento espiritual y humano de sus moradores, que

pasan por toda clase de pruebas y escaseces, mientras dura el asedio. Por su amabilidad y buen carácter, por su caridad para con todos, privándose incluso de lo necesario para sí mismo, es conocido popularmente con el sobrenombre de "ángel del Alcázar".

Herido pocos días antes de su liberación (28.IX.1936) y a consecuencia de estas heridas, una fuerte infección acaba con su vida terrena el 20 de noviembre de 1936. Los que son testigos de su muerte dan la enhorabuena a sus padres por la heroicidad de una muerte tan gloriosa. Esta incoada su causa de canonización.

En la vida del siervo de Dios, este testimonio de virtudes heroicas de su hermano será un estímulo continuo para su aspiración a la santidad. Y sobre todo, aprendió desde niño el sentido gozoso de la muerte, cuando ésta se convierte en la salida victoriosa de este mundo al encuentro del Señor.

En los ambientes de la Acción Católica

Terminada la guerra civil, el siervo de Dios se convierte en militante entre los jóvenes de Acción Católica, llegando a ser secretario diocesano de los jóvenes. A ellos se dedica intensamente, bajo la guía de Manuel Aparici, que ha tomado la antorcha de Antonio, pero Aparici en 1940 decide hacerse sacerdote. El siervo de Dios cuenta con la compañía protectora de su madrina Carmen, la hermana mayor. Su trabajo apostólico le lleva a recorrer toda la diócesis de Toledo, entonces más extensa, en campañas propagandistas de Acción Católica.

En 1942, con 16 años, comienza estudios universitarios de Filosofía y Letras en la Universidad Complutense de Madrid. Durante este año se plantea la posible vocación al ministerio sacerdotal. Acabado el primer curso, en unos ejercicios espirituales dirigidos por el P. Llanos, s.j., discierne y decide su vocación al sacerdocio e ingresa en el Seminario de la Pontificia Universidad de Comillas en septiembre de 1943. La ayuda que prestaba a los jóvenes en sus trabajos como militante, desembocaba normalmente en el recurso a un sacerdote para la confesión y posterior dirección espiritual. ¿No sería mejor prestarles la ayuda completa? Con este argumento sencillo explicaba su llamada al sacerdocio.

Seminarista en Comillas y Salamanca

Su vida en el Seminario destaca por su ejemplaridad. Sus compañeros nos lo presentan con la Biblia muy subrayada de tanto leerla, dedicado plenamente al estudio, dos años de humanidades (con el P. Schöckel, s.j.) y tres de filosofía, observante del reglamento como expresión de la voluntad de Dios hasta en sus mínimos detalles, pero sobre todo piadoso y dedicado a la oración, bajo la guía del director espiritual, el P. Nieto s.j. que le marcó notablemente en su estilo de vida austero y penitente, en su celo apostólico y en su amor por los pobres. AHablabas con él poco rato, porque éramos muchos, pero salías encendido en deseos de ser santo. Deseaba tener una tarde libre los días de vacación para poder dedicar varias horas seguidas a la oración, y lo hacía con frecuencia.

Terminados los estudios filosóficos, la Universidad de Comillas le concedió el grado de licenciatura eclesiástica en filosofía (*meritissimus cum laude*). Para los estudios teológicos pasó a la Universidad Pontificia de Salamanca, residiendo en los Colegios Mayores de Santiago y de San Carlos sucesivamente. Frecuentó el trato con el P. Aldama, s.j. del que recibió gran influjo intelectual en Salamanca.

Acabados los estudios teológicos, obtiene en junio de 1951 el grado de bachiller en teología (*summa cum laude*). Preparó con esmero la licenciatura en teología, pero no se presentó al examen, para no ostentar nunca el título eclesiástico correspondiente. Dos sacerdotes le acompañan de cerca en este momento: D. Manuel Aparici, con el que coincide en Salamanca y D. Anastasio Granados, canciller del arzobispado de Toledo y después obispo auxiliar.

Durante los años de estudiante en Salamanca va dando los pasos señalados por la Iglesia para acceder al presbiterado. Con letras dimisorias del Sr. Cardenal Pla y Deniel, arzobispo de Toledo, recibe la primera clerical tonsura el 15 de abril de 1949, de manos del obispo de Salamanca, Mons. Barbado Viejo, o.p. Las órdenes menores de lector y ostiario en las témporas de adviento, el 23 de diciembre del año 1950, las de exorcista y acólito el 24 de marzo de 1951. Todo en Salamanca.

Una pleuresía quiebra su salud, y le obliga a interrumpir el curso académico en la primavera de 1950. Tras un año de convalecencia, se reincorpora al ritmo normal de la Universidad. Cuando en 1952 solicita acceder al subdiaconado, el Prelado toledano considera más prudente que sea ordenado a título de patrimonio, según el canon 979. Es decir, quedando garantizado su sustento por las rentas del propio patrimonio, en este caso, por

la donación que hacen sus padres de una parte de la casa de plaza Santa Isabel, 2 en favor del siervo de Dios.

Subdiácono, diácono, presbítero

Es ordenado subdiácono el 6 de julio de 1952 en la capilla del Seminario de Salamanca, asumiendo los compromisos de obediencia al obispo, clave de la comunión eclesial, el celibato para toda la vida y la liturgia de las horas, como tarea intercesora. La ordenación de diácono la recibe en la catedral de Toledo el 20 de diciembre de 1952, de manos del cardenal Pla y Deniel (con Agustín Lozano, diácono y Mariano Merchán, subdiácono). Y la imposición de manos que le consagra presbítero la recibe también del mismo cardenal Pla y Deniel en Toledo el 4 de abril de 1953, en la capilla del palacio arzobispal.

Quería celebrar su primera misa en la cárcel de Carabanchel, para estar cerca de los pobres y evitar también toda fiesta externa que supone gastos. Pero se impone el criterio de sus padres, a los que obedece, y la celebra con la mayor austeridad y recogimiento el día 5 de abril en el monasterio de las Carmelitas Descalzas de Albacete, donde se encontraba temporalmente su hermana Carmen, apoyando la reciente fundación del monasterio. Al día siguiente celebra en el hospital de ancianos e inválidos de Carabanchel, para compartir su gozo con dos inválidos que había conocido en el Hospitalito del Rey de Toledo. A El Espíritu del Señor me ha unguido... y enviado para anunciar la Buena Noticia a los pobres ≡ (Lc 4,18)

Joven sacerdote

El primer destino pastoral lo recibe el 7 de julio de 1953, enviándole como coadjutor de D. Angel García de Blas a la parroquia de Santo Tomé de la ciudad de Toledo. Prefería vivir en la Casa Sacerdotal con los demás sacerdotes. Otra vez sus padres actúan para que continúe en el domicilio familiar.

Destaca en este tiempo por su fervor y por la atención a los pobres y a los enfermos, a los que visita frecuentemente en sus casas, llevándoles oportunamente la comunión, recorriendo largas distancias por los barrios allende el río de la parroquia, sin echarle para atrás ni la fatiga ni las inclemencias del tiempo.

Con fecha 28 de junio de 1955 es nombrado ecónomo de Totanés (Toledo), parroquia rural menor de 500 habitantes a la que se dedica con todo entusiasmo, al estilo del santo cura de Ars. Consciente de que la tarea sobrenatural del ministerio sacerdotal requiere medios sobrenaturales para su eficacia, asume una vida de notable austeridad.

Se le ve en el templo durante horas y horas de oración, y cuando el trabajo va creciendo recurre a la noche que emplea en continuas vigiliias. Instruye a niños, jóvenes y adultos, continúa dedicando tiempo al estudio personal, visita a los enfermos, atiende a los pobres con los que comparte lo poco que tiene, a veces incluso la comida, quedando él en ayunas.

Destaca desde el principio su celo apostólico por llevar a la vida de la gracia a jóvenes y adultos, para lo cual intensifica el trato personal con cada uno de los jóvenes, a los que va instruyendo uno a uno, y para los que siempre está disponible en el sacramento de la confesión. Muy de mañana, y a veces de madrugada les ofrece la comunión, antes de que éstos emprendieran las labores agrícolas, cuando todavía no se podía comulgar por la tarde.

En verano de 1956 obtiene por concurso la parroquia de Totanés. Fuertes dolores de columna le impiden tomar posesión y le obligan al reposo. Se había entregado hasta gastarse. El 15 de octubre preside una boda, y ya no vuelve.

En Salamanca, director espiritual, formador de sacerdotes

En la primavera de 1957, repuesto de sus dolencias, es llamado a Salamanca para hacerse cargo de la dirección espiritual del Colegio Mayor del Salvador (antes, de Santiago) para vocaciones tardías, de donde había sido alumno. Es rector don Ignacio de Zulueta, y director espiritual don Javier Alvarez de Toledo, a quien ayuda Rivera.

A comienzo de curso 1957-1958 pasa a desempeñar la misma labor en el Colegio Hispanoamericano de Ntra. Sra. de Guadalupe perteneciente a la OCSHA, es decir, seminaristas venidos de Hispanoamerica o seminaristas españoles que pretendían ayudar en su día a las Iglesias hermanas de Hispanoamérica. Comparte tarea con el rector del colegio, don Gaspar.

Comienza aquí su dedicación a los seminaristas y sacerdotes y a ello se dedicará preferencialmente toda su vida. Seminaristas españoles e hispanoamericanos, después sacerdotes muchos de ellos, quedaron vinculados desde entonces a este sacerdote diocesano como joven maestro de vida espiritual, y específicamente maestro de vida sacerdotal.

Descanso, y vuelta a Toledo

La fatiga le obliga a hacer un alto en el camino para más oración y estudio. El lugar apropiado es encontrado gracias a la buena relación de D. Anastasio Granados y Fr. Francisco de Sales Carrasco, superior provincial de los Hermanos de San Juan de Dios de Castilla. El siervo de Dios se retira en otoño de 1963 al noviciado de los Hermanos en Santurce; en mayo de 1964 el noviciado se traslada al nuevo edificio de Valladolid, y don José también. En estos dos años da alguna charla a los novicios, les predica los ejercicios espirituales, puede rezar sin urgencia, tiene tiempo abundante para el estudio. Repone fuerzas para emprender de nuevo el camino. En esta época se dedica especialmente al estudio de los santos Padres, y particularmente a los prenicenos. Quedó impactado por el espíritu de hospitalidad de los Hermanos.

Para verano de 1965 vuelve a Toledo. Es nombrado vicedirector de la Casa Diocesana de Ejercicios de Toledo el 18 de octubre de 1965 y profesor del Seminario Mayor Diocesano en septiembre de 1966, al tiempo que es propuesto como confesor para los alumnos. Desde la Casa de Ejercicios programa tandas de ejercicios espirituales, personalizadas y en grupo. Un seglar por error de fecha acudió a hacer ejercicios cuando no llegó nadie. Don José le dió los ejercicios a él solo, como si la tanda estuviera rebosante.

En el Seminario se comentaba que el nuevo profesor que llegaba tenía fama de santo. Enseguida hubo alumnos que buscaron su orientación y dirección espiritual. Y él la ofreció segura en momentos del inmediato postconcilio en que muchos perdían el norte.

Dirigió el primer Curso de Espiritualidad para seminaristas, en el curso 1968-1969 en la Casa de Ejercicios de Talavera de la Reina, que él ya había sugerido sin lograrlo desde sus tiempos de seminarista. La renovación propuesta por el Concilio la entendía el siervo de Dios como una profundización en las fuentes de la espiritualidad, y esto debía empezar por los sacerdotes, y más en su raíz por el Seminario.

En octubre de 1969 es nombrado capellán de Terciarias. Y en enero de 1970 consiliario diocesano de maestros de Acción Católica

En el Seminario Mayor de Palencia

En septiembre de 1970 es llamado por el nuevo obispo de Palencia, Mons. Anastasio Granados, para encargarse la dirección espiritual del Seminario Mayor Diocesano de San José. Y en 1972 lo nombra además

profesor del tratado de Gracia.

Su dedicación esmerada a los seminaristas y a los sacerdotes jóvenes que van saliendo marca una época del presbiterio de Palencia, que se benefició de su orientación espiritual y de su testimonio de vida sacerdotal. Oración abundante y dedicación al estudio, quitándole horas al descanso nocturno. La orientación a los alumnos no se reduce al ámbito espiritual, sino que encuentran en él un maestro de teología bien documentado y experimentado.

Llama la atención su espíritu de penitencia y austeridad, su entrega constante a la tarea: a cualquier hora del día o de la noche podía encontrarse un alumno que había ido a visitarle. El estaba siempre disponible y de buen humor. Y eso que en 1973 sus dolencias de columna le tuvieron postrado durante largos meses en absoluto reposo. Pero tampoco esos días se suprimió la clase de Gracia, que la impartía postrado en cama, o las visitas de seminaristas para dirección espiritual.

Ideó el curso de verano para seminaristas, que comenzó en Lebanza (Palencia) y mantuvo después en Toledo todos los veranos hasta su muerte. Había muchos temas que en el curso académico no podían tratarse, dado el ajuste de programas de tantas asignaturas. Y la formación sacerdotal de los alumnos exigía atención a la doctrina conciliar, estudio de la teología y de la espiritualidad del sacerdocio, temas complementarios de pastoral aplicada. Todo eso en un clima de convivencia fraterna y amistosa y de oración más abundante. El tono del curso de verano era distendido, pero lo esencial venía potenciado. Y los seminaristas aprendían y convivían interrumpiendo el largo periodo vacacional.

De nuevo en el Seminario de Toledo

Acabado el curso 1974-1975 es reclamado por el Sr. Arzobispo de Toledo, Cardenal Marcelo González Martín, para apoyar su Seminario Diocesano. En septiembre de 1975 es nombrado confesor del Seminario Mayor Diocesano de San Ildefonso y profesor del tratado de Gracia y Virtudes, y adscrito a la parroquia de San Andrés, junto a su casa familiar.

El siervo de Dios lleva ya dieciocho años dedicado a la tarea de formar sacerdotes. A la santidad de vida que ha sido notable desde muy joven, y a la ciencia adquirida por los innumerables estudios realizados, se une en esta nueva etapa una larga experiencia en este campo de la formación sacerdotal. Conoce la doctrina conciliar que invita a una profunda renovación:

no se trata de que las aguas vuelvan a sus cauces, sino de ahondar en los cauces nuevos que Dios va abriendo, según lo que el Espíritu dice a su Iglesia en el umbral del tercer milenio.

Una de sus jornadas ordinarias queda apuntada en su diario en diversas ocasiones: ANo propongo nada, pero me ocurre que un día bien ordenado podría ser más o menos así: levantarme a las 4. De 4,15 a 6,15 oración. De 6,15 a 9,15 estudio, con el intermedio de afeitado, etc. Luego clase, si hay, o visitas, o estudio y Misa, durante la mañana. De 1,30 a 3, supresión de la comida, lectura y dormir, si lo preciso, en la mecedora, con café y algo de fruta a lo más. De 3 en adelante visitas, cuidando de sacar vísperas, en un breve intervalo, a su hora. Cuando quede tiempo, cena con las chicas [su hermana y Conchi]. Si no hay visita, completas y estudio hasta las 12, hora de apagar la luz \cong (11-I-1977). ADe pasada anoto: la gracia inmensa que supone esta costumbre, casi infrangible, de la consagración diaria de horas enteras, estas frescas y deliciosas horas matutinas, a la oración, por mala calidad que tenga. No creo que se les conceda a muchos, esto de pasar tres horas ante el sagrario -y todavía, después, viene otra hora y cuarto por lo menos de oración, Misa y absoluciones- en el inicio mismo de la jornada. Y esto como algo normal. Y encima gratisimo (27-IV-1990).

Hay que anotar, como un privilegio concedido sin pedirlo, la presencia eucarística en el pequeño oratorio de su casa. Instalado en el lugar físico donde Antonio murió, fue recibido por el siervo de Dios como una gracia inmensa, a la que corresponderá con largas horas de adoración y de convivencia nocturna y diurna. Abriendo la puerta de su despacho, había comunicación directa con Jesucristo sacramentado, y esto facilitaba una vida más eucarística. El Sr. Cardenal-Arzbispo, de propia iniciativa, se lo alcanzó de la Santa Sede en febrero de 1978.

La espiritualidad que enseña Rivera hunde sus raíces en la **Palabra de Dios** saboreada en la oración personal y estudiada incesantemente. Los escritos que nos ha dejado consisten en comentar este o aquel libro de la Sda. Escritura entretejido de aplicaciones a su propia vida, y entre sus materiales de estudio se encuentran innumerables análisis filológicos, realizados con los mejores diccionarios y comentarios del momento. No es un librepensador de la Escritura, sino un alma que se nutre de esta fuente viva y de las mejores interpretaciones que han hecho los Padres y la Tradición viva de la Iglesia.

Coloca la **liturgia** en el centro de la vida de la Iglesia, como ha hecho el Concilio Vaticano II, para hacerla alimento diario y poder llegar a una

participación consciente, activa y fructuosa: después de una o dos entrevistas con él, se hacía necesario comprar el misal romano para preparar la liturgia del día o del tiempo correspondiente. Tratar con él era descubrir la belleza de la liturgia, y no tanto por su bella ejecución externa, que apreciándola se sentía incapaz de realizar, sino sobre todo por el jugo de vida que en cada fiesta o tiempo litúrgico descubría y transmitía.

La espiritualidad sacerdotal tiene su fundamento en el mismo *sacramento del Orden*. Este es el sustantivo. Dios ha concedido en la historia otros adjetivos calificativos para el ministro ordenado. Benditos todos los carismas que el Espíritu reparte para edificación de su Iglesia. Pero nunca los adjetivos deben oscurecer al sustantivo. Y cuando lo oscurecen, el sacerdote diocesano sin adjetivos es considerado de segunda fila. Rivera reaccionaba enérgicamente ante esta desviación, fundamentando en la doctrina del Magisterio la espiritualidad del sacerdote diocesano, llamado a la santidad en virtud del mismo sacramento del Orden, fuerza y energía mayor que la de cualquier carisma adjetivo que pueda añadirse. Del sacramento del Orden brota la caridad Apastoral[≡]. El ministro ordenado llegará a la santidad por el ejercicio de su ministerio con esa caridad pastoral. Para ello, hay que formar estas actitudes en el corazón de los seminaristas, a fin de que sean pastores según el corazón de Dios.

Cada entrevista con él es una conversación pausada, sin prisas, donde el sujeto tiene tiempo de desahogarse y donde el director puede orientar al hilo de las reacciones del dirigido. No es una entrevista rígida, ni convencional, por eso las ideas fundamentales afloran y se repiten continuamente. Ofrecía como pauta para el diálogo esquemas o reflexiones escritas que el dirigido tenía que revisar y aplicar a su propia vida: un esquema sobre las ideas fundamentales del tiempo litúrgico en el que estamos o sobre la fiesta que se avecina, una reflexión escrita sobre el sacramento de la penitencia o sobre la santa misa, una revisión aplicada de los apegos para avanzar en la abnegación. El dirigido tenía que trabajar, reflexionar, aplicar a su vida. Pero todo ello sin la menor sensación de control casuístico, porque ante todo se trataba de abrirle a la acción superior de la gracia que transforma.

Reclama continuamente la atención al *Magisterio de la Iglesia*, como guía segura de aplicación del mismo Concilio. Propone el ejemplo de los santos, especialmente el de los santos sacerdotes, invitando a la lectura de sus biografías. Pero sobre todo, ora, se mortifica, expía, intercede... y su vida arrastra, porque es más elocuente que todo lo que dice, con ser un torrente de

ideas inabarcable.

Con este programa hecho vida, el siervo de Dios se dedica plenamente a la tarea del Seminario. Y el Seminario de Toledo comienza en ese preciso momento un despliegue de proporciones inmensas. El horizonte se abre ilimitado, cuando ya tenemos en don José un sacerdote maduro que está dispuesto a dar lo mejor de sí mismo.

Curso de verano para seminaristas

La formación sacerdotal demanda nuevas atenciones e iniciativas. Por eso, continuando la iniciativa realizada en Palencia, se ofrecen los cursos de verano de 20 días de libre asistencia, en el Monasterio de San Pedro de Alcántara de Arenas de San Pedro (Avila). Rivera es el alma de estos cursos, el que da las pautas para su organización, el que alimenta con sana doctrina a los aspirantes al sacerdocio y a los sacerdotes que se suman.

Se tratan diversos temas complementarios a la formación del Seminario: teología y espiritualidad sacerdotal, temas de pastoral aplicada. Hay un buen clima de oración y sana convivencia. Vienen también otros profesores para los distintos temas. Pero lo más importante del curso es el repaso veraniego a los seminaristas en la dirección espiritual para poder empezar el curso siguiente con energías renovadas.

Curso de espiritualidad durante un año académico

Y, aunque continúan los cursos de verano, se consideran insuficientes para completar una formación espiritual más fundamentada. Los nuevos tiempos exigen nuevas formas y un bagaje mejor equipado, sobre todo en el nivel espiritual, para el sacerdote que se forma en esta época. Todo se hace poco cuando se quiere dar más.

En esta línea se propone el Curso de Espiritualidad, del que ya se había tenido experiencia en la diócesis hacía unos años. El Sr. Cardenal entiende el proyecto y lo apoya, y en el curso 1979-1980 lo hacen algunos seminaristas en la antigua Casa Sacerdotal, y sucesivamente otros grupos en años alternos. Por él han ido pasando libremente tandas de seminaristas al terminar los estudios filosóficos y antes de empezar los de teología. Con un curso de espiritualidad previo, la teología sabe a otra cosa y las actitudes sacerdotales quedan más afianzadas antes de la ordenación.

Un nuevo Seminario para adultos

El Seminario de Toledo -≅*Un Seminario nuevo y libre*≅, según la pastoral de don Marcelo- sigue creciendo en alumnos, oriundos de la diócesis Toledo o llegados de todos los lugares de España, de algunos lugares de Europa y de muchas diócesis hispanoamericanas, que tienen vocaciones pero no tienen formadores. En estos años, y gracias a muchas colaboraciones, el Seminario presenta un especial atractivo para muchos jóvenes que aspiran al sacerdocio.

En el edificio del Seminario "San Ildefonso" no caben todos, y habría que habilitar otro lugar. D. José sugiere al Sr. Cardenal-Arzobispo la creación en Toledo de otro espacio formativo, que podría ser un centro para atender más específicamente las vocaciones sacerdotales en edad adulta. Y en junio de 1983 se pone en marcha el Centro Diocesano "Santa Leocadia" para la formación sacerdotal de adultos, que en 1985 se convierte en Seminario Mayor Diocesano. Estrechamente unido al Seminario "San Ildefonso", teniendo en común todo el aspecto académico, el Seminario "Santa Leocadia" queda ubicado en la antigua Casa Sacerdotal (calle san Bartolomé, 3).

De este nuevo centro de formación sacerdotal, también Rivera será el alma. Quizá en esta nueva institución es donde el siervo de Dios ha podido realizar mejor su proyecto de formación sacerdotal, aunque ello le trajera, como todas las obras de Dios, incomprendiones y calumnias. Los últimos ocho años de su vida se vuelca especialmente en esta tarea, que no le impide atender otras.

Además de los seminaristas diocesanos, atiende también a los seminaristas Operarios del Reino de Cristo, de Olías del Rey (Toledo), y a los Cruzados de Cristo Rey, en Almonacid (Toledo), instituciones recientes de origen mexicano unos y otros, que han venido a Toledo buscando una buena formación sacerdotal.

Maestro de vida espiritual

-)Qué dice el maestro Rivera?, dice el Sr. Cardenal al comenzar una reunión con los formadores del Seminario de Santa Leocadia. El siervo de Dios ya tenía merecido el título de Amaestro≅ en los caminos del espíritu. Cuando el Sr. Cardenal convocó a un grupo de académicos para impartirles unos Ejercicios Espirituales, le confió las charlas a Rivera. Era cuaresma de 1985.

Para entonces, el siervo de Dios había recorrido prácticamente toda la geografía española, sobre todo en los periodos de vacaciones del Seminario, dando ejercicios, charlas, retiros, etc. a sacerdotes, comunidades de vida consagrada, y también a laicos. Los cursillistas de cristiandad de Barcelona le invitaron varias veces a dar cursillos, y una vez le sacaron el billete en avión. El cambió el billete y viajó ida y vuelta en autobús, con los correspondientes dolores de columna. Si el evangelio ha sido anunciado con cruz, no debe el discípulo buscar otros medios, argumentaba. Llama la atención el planteamiento de vida espiritual, en el que propone continuamente la vocación a la santidad para todos los estados de vida.

Una vida intensamente vivida, con horas extraordinarias robadas a la noche, da mucho de sí para estudiar, leer, escribir, y sobre todo rezar, meditar, reposar ante el Señor los acontecimiento de cada día. Conocía los autores clásicos de la literatura griega, latina, española, europea y americana. Conocía a Santo Tomás, y la trama Atomista≅ de sus argumentos, sobre los que había reflexionado ya desde el Seminario y había rezado aplicándolo a su vida. Era tomista convencido. ANo se puede estudiar Trinidad, o Cristología, u otro tratado de los Estudios Eclesiásticos, y no cambiar de vida≅, repetía a los seminaristas. Porque él entendía el estudio no como acumulación de conocimientos, y menos aún como preparación de un examen, sino como ejercicio de la razón iluminada por la fe en orden al crecimiento integral de la persona. La teología parte de la santidad y conduce a la misma, o, como ha dicho Balthasar, debe ser Ateología arrodillada≅.

Apreciaba la estética, y en su biblioteca aparece abundante bibliografía leída: gustaba de la pintura, de la música y de la poesía. Era todavía un niño, cuando J.M. Pemán, le contesta animándole a escribir poemas. Así lo ha hecho. Ahí está su *Autobiografía poética*. Conocía los pensadores modernos, había leído sus obras completas y los mejores estudios sobre cada uno de ellos. Había leído varias veces las obras completas de Freud, Marx, Engels, Feuerbach, Nietzsche, Sartre, etc. y el influjo de todos ellos en el pensamiento posterior. Conocía la literatura de los autores espirituales, desde San Ignacio de Antioquía hasta el Padre Kolbe, y muy particularmente la doctrina de los autores carmelitas: Sta. Teresa, S. Juan de la Cruz, beata Isabel de la Trinidad, Sta. Teresita, etc. Teólogos como Newmann, Guardini, Rahner, Danielou, Congar, De Lubac, Balthasar, etc. eran objeto de estudio atento, de fichas, de repaso continuo. Conectaba con el movimiento bíblico de este siglo, y con el movimiento litúrgico que

desembocó en el Concilio. Cuando un sacerdote estudiaba así, su boca expone la sabiduría y alienta en los oyentes la vocación al estudio. Ha sido verdaderamente suscitador de vocaciones intelectuales. Además, recordaba a los sacerdotes que no se puede ejercer el ministerio sacerdotal, que incluye la predicación, sin una actualización continua del estudio al nivel de que cada sacerdote sea capaz, a menos que se repitan siempre las mismas cosas, que aburren a los oyentes.

Después de la *Nota sobre el estudio de la teología* (1960), que el siervo de Dios redacta para uso de los alumnos, hay multitud de esquemas o apuntes para el examen de conciencia, para preparar una fiesta litúrgica, para apoyar algunos de los aspectos esenciales de la vida cristiana. En don José María Iraburu encontró un buen colaborador para dar forma escrita a toda esa doctrina de la que era maestro. Con él publica *Meditaciones cristianas* (1962), *Cuadernos de Espiritualidad* (1974-1978), *Espiritualidad Católica* (1982), *Síntesis de Espiritualidad Católica* (1988).

Pero más que por escrito, él se expresa de palabra, ofreciendo charlas.

A veces, a tres o cuatro grupos o destinatarios diferentes en el mismo día. Su conversación era como una cascada de ideas, con la continua novedad de plantearlo todo desde arriba para llegar hasta las últimas consecuencias, incluso psicológicas o sociológicas de las personas y de las situaciones. Más de mil cintas grabadas dan testimonio de ello. Y más de 300 cartas enviadas a personas a las que dirigía espiritualmente, además del diario y los estudios de temas monográficos.

En la Iglesia no se considera maestro simplemente al que sabe mucho, sino más bien al que ha alcanzado la sabiduría. Es decir, al que vive en hondura aquello que predica, y por eso es capaz de comunicarlo con maestría. El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan o si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio, decía Pablo VI (*EN 41*). Si a Rivera acudía tanta gente, por algo sería.

Padre de los pobres

Pero en estos años, don José avanza con zancadas de gigante. Y enseña con intuiciones de largo alcance que la Iglesia se apoya en los sucesores de los apóstoles, en la liturgia y en los pobres. En la última etapa de su vida el tema de los pobres adquiere un primer plano en su reflexión, en su predicación y en su praxis de vida, sin que los otros puntos de apoyo (la

sucesión apostólica y la liturgia) pierdan su valor, pues el uno ilumina al otro recíprocamente, y don José los vive de manera integrada.

La liturgia ha sido y sigue siendo en su vida la fuente donde bebe el agua limpia que la Iglesia le ofrece, porque ella es el canal de la redención de Cristo. A la sucesión apostólica ha dedicado sus mejores energías, mediante la formación de sacerdotes, colaboradores de los obispos en el ministerio apostólico, y viviendo la obediencia del Anada sin el Obispo≅ que aprendió en las filas de Acción Católica.

)Y los pobres? El ha intentado siempre vivir pobre. Pero al despojarse cada vez más, Dios le va iluminando nuevos horizontes. Ya no tiene nada, ni siquiera los libros que ha ido acariciando a lo largo de toda su vida. Después de unos ejercicios espirituales en 1981 hace donación de todos ellos (más de 8.000 volúmenes) al Sr. Cardenal-Arzbispo de Toledo, que acepta la donación, aunque no decide dónde podrá destinarlos por el momento. Cuando en 1983 se pone en marcha el Centro "Santa Leocadia", exclama don Marcelo: -Ya tengo dónde mandar los libros de Rivera. En el curso 1983-1984 la biblioteca pasa de casa de Rivera al que va a ser Seminario "Santa Leocadia". "Lo que consideraba ganancia, ahora lo tengo por basura... y por él lo perdí todo con tal de ganar el amor de Cristo" (Flp 3,7-8).

Y en cuanto puede hace lo mismo con la parte de la casa familiar, con cuyo patrimonio fue ordenado subdiácono. Ha de ponerse de acuerdo para ello con su hermana Ana María, propietaria de la otra parte, pero ésta comparte con él los mismos planteamientos. Y en enero de 1987 hacen la donación al arzobispado. La donación no es simplemente un asunto jurídico. Su intención es la de dejar esta casa, en la que ha nacido y en la que ha vivido gran parte de su vida, para ir a vivir a un lugar más pobre. Lo había intentado en ocasiones anteriores, pero la obediencia a sus padres le retuvo en la casa de plaza Santa Isabel, 2. Ahora sus padres no viven, y Ana María comparte sus planteamientos. Se ilusiona pensando que podrá vivir más pobre con dos habitaciones que le prestan en Travesía de la Judería. Pero, al terminar la Misa Crismal el 23 de marzo de 1989, se le prohíbe ir a vivir allí, y lo acepta en obediencia. Acababa de renovar las promesas sacerdotales ante su Obispo hacía poco rato.

A don José le agrada adonde han ido a parar "sus" libros, aunque ya no los considera suyos. Pero le agrada más todavía cómo ha quedado la casa de papá, y más concretamente su habitación. Parece un "hospital robado", desvalijada de libros y estanterías. La decoración actual son algunas estampas

grandes que presentan a niños famélicos. Sirven como introducción al viacrucis, ejercicio de piedad que practicaba asiduamente. Mirando a estos niños, recordaba a Cristo que continúa sufriendo en sus pobres. El despojamiento va siendo muy notable. Eso es lo que se ve. Por dentro, Dios lo sabe... y el sujeto continúa colaborando. Lo que perciben los pobres es que cada día los quiere más.

Dios le va haciendo ver que los pobres no están atendidos, por muchas instituciones que haya y campañas que se realicen. Las campañas y las instituciones llegan a algunas necesidades. También él se siente limitado y se autocalifica de mediocre, pero, cuando otros quedan satisfechos por lo mucho que hacen, Rivera se consume viendo lo que falta. AMás y más voy creciendo en la persuasión de que no existen sino dos términos de elección para una madre: o proporciono una manera de vida suficientemente digna y cómoda -así en lo humano- a mis hijos, o muero yo con ellos... Y no puedo admitir, salvo necesidad pastoral inmediatamente clara, ser tratado mejor que ellos≅ (*Diario, 15-XI-1989*). La Iglesia ha de mostrar su rostro materno precisamente en este campo de los pobres. Y, de no hacerlo, deja de ser creíble su evangelización. Don José lo dice, lo repite, lo grita, lo estudia, lo reza, lo reflexiona, lo vive, o mejor, le va desviviendo esta realidad. Y en su predicación transmite fuego, refiriéndose a este tema que aflora cada vez más frecuentemente.

No le pueden acusar de horizontalismo, porque su vida es un culto de adoración constante. Le acusarán de loco y exagerado. Es la única salida para los que no quieren hacerle caso. Pero la fuerza del amor impulsa a expresarse hasta el extremo (cf. *Jn 13,1*).

Son los años en los que le ronda por la cabeza la huelga de hambre hasta la muerte.)No lleva la caridad a dar la vida por el hermano?)No es fruto de la caridad el llegar a compartir la condición de los demás?)No podría estar movido por la caridad una huelga de hambre en solidaridad con tantos hijos predilectos de Dios que mueren de hambre?)Y no sería además fruto de la caridad del Buen Pastor que da la vida por los demás, y de la que el sacerdote ministro es prolongación en el mundo?

No se fiaba de sus luces, y sometió humildemente su juicio al de otros. Las consultas que hizo le apartaron de ese camino, porque no era el camino querido por Dios. Y continuó el ayuno, pero nunca llegó a la huelga de hambre. En una de sus revisiones clínicas el médico le diagnosticó una hipoproteïnemia, es decir, escasez de proteínas quizá por exceso de ayuno, y

le puso un sencillo tratamiento: comer todos los días una comida caliente, que él cumplió a rajatabla.

Lo que se percibe exteriormente son las continuas idas y venidas de los pobres a su casa, o la guardia montada a la puerta del Seminario, esperando que saliera de clase. Se sienten escuchados, se sienten queridos, y nunca de superior a inferior, sino con el cariño de quien se ha puesto a su altura, porque vive más pobre que ellos. (Qué bien lo captan esto los pobres, particularmente los gitanos, a quienes nadie había tratado de esta manera! El lenguaje del amor se entiende sin necesidad de estudios ni de títulos.

Un día había desaparecido la mesa del despacho de papá, otro día el sillón de la capilla, antes ya faltaban las tumbonas de nogal del cuarto de los niños. Los platos de cerámica antigua habían volado. En su cuarto no hay cama, ni tarima, ni alfombra. Todo eso lo hubo, pero cada una de esas cosas supone una etapa concreta de despojamiento progresivo. Al final, sólo queda una esterilla para las pocas horas en que se recuesta a descansar. Así pasa, que no sale de un catarro cuando pilla otro. Pero esta es la vida de los pobres con los que todos los días trata: él sabe y trata con unos gitanos que han pasado la noche bajo una lona, junto al río, en noches de invierno con temperaturas bajo cero, incluídos varios niños; conoce a otros que no llegan a recoger en los basureros la suficiente chatarra para llevar algún dinero a casa y poder alimentar a una familia numerosa. Y él sigue viviendo en una casa noble. "Desde niño, cuando bajábamos a ver a los pobres del embarcadero junto al río, ya sentía vergüenza de volver a vivir en esta casa". "Ha vivido todo lo pobre que le hemos dejado" -declara don José María Iraburu en la sesión académica en su memoria.

)Podría hacerse algo más para sacar siquiera a una familia de la situación de pobreza extrema en que viven? El amor es creativo en respuestas que a primera vista a uno que no ama no se le ocurren. Con los donativos que recibe para los pobres, consigue comprar coches de segunda mano y algún lote de género, que podrá vender esta familia o la otra y duplicar su precio. Se da trabajo que dignifica al que lo hace, y de ese trabajo se obtiene alguna ganancia, que no es pura limosna, para el sostenimiento de la familia. Pero los coches tan viejos, y en manos de poco entendidos, duran poco. Los gastos de averías son mayores que los ahorros de segunda mano. El amor creativo piensa en la financiación de furgonetas nuevas, que serán capaces de reflotar a

una familia entera, generando trabajo y de ahí ingresos para el sustento de la misma.

Surgen las envidias, y uno de los pobres se impacienta reclamando su turno y amenazando a don José. Se corre el rumor de que alguno de estos pobres ha querido pegarle. El siervo de Dios lo refleja así en su diario: ASi X me matara en uno de esos arrebatos de cólera... se tomaría por su mano la justicia que el mundo le ha negado siempre -sus derechos desde niño a la educación, a la evangelización, a los bienes temporales que otros disfrutaban eligiendo para particularizar tales justicias una persona que al cabo está destinada por Dios para cargar con los pecados de la sociedad≅ (*Diario 29-XII-1989*). No se siente un héroe haciendo estas cosas, sino que lo hace para expiar sus pecados y los de todo el mundo. Pero esta anécdota no fue más que un arrebato. Los pobres son muy agradecidos, cuando encuentran a alguien que les da con amor. Por eso, en el pequeño local que les cedió el Ayuntamiento, los gitanos colocaron en vida de don José una foto del mismo con una inscripción: *Don José Rivera, patrón de los gitanos*.

El siervo de Dios continuará predicando y estimulando las conciencias para que se vayan abriendo a esta perspectiva, pero es preciso -insiste- que esta renovación y este talante se produzca en toda la Iglesia, en sus cabezas y en sus miembros, en las instituciones y en las personas que las integran. Y sólo será creíble el mensaje que lleva la Iglesia en la medida en que dé pasos en esta dirección, en la que la doctrina social de la Iglesia viene insistiendo. Es preciso adoptar un talante más austero, no acomodarse al espíritu de este mundo, sacudir las conciencias de nuestros cristianos añejos. No podemos mantener una pastoral de conservación. Si la doctrina de la Iglesia urge a despojarse (recibió con entusiasmo la encíclica *Sollicitudo rei socialis* -30-XII-1987), no nos extrañe que el fruto pastoral sea poco visible, mientras esto no se produzca. La Iglesia no será floreciente hasta que los pobres no sólo sean evangelizados, sino hasta que ellos mismos no sean evangelizadores, porque Cristo nos ha evangelizado Adesde su pobreza≅ (*2Cor 8,9*).

Eso le lleva a presentar sus propuestas, en obediente colaboración, a los superiores. Escribe cartas al Sr. Cardenal, insiste, predica, no se conforma con la situación. Y lo hace con todo respeto y cariño, pero al mismo tiempo con todo el fuego que lleva dentro: ASi estimo justamente que la jerarquía

constituye la comunidad básica en la Iglesia, si creo que su actividad es fontal en la vida de la Iglesia, si afirmo con la doctrina común del Magisterio que la empresa episcopal es un servicio, debo coherentemente reclamar tal servicio fontal para todos nosotros; reclamación humilde, respetuosa, pero firme y constante. Y verosímilmente ésa sea la principal de las ocupaciones pastorales para quien ha llegado a Acierta edad≅ y ha recibido Acierta formación≅ gracias desde luego a la Iglesia, a la jerarquía que le permite ejercer tales reclamaciones sin perturbaciones de la humildad y con garantías bastantes para presentarlas como prudentes en sus particularidades... Y es una labor que me parece casi ausente en nuestra Iglesia actual≅ (*Diario, 6-VI-1990*)

AEn esta Iglesia diocesana, en la que he vivido siempre...≅

El siervo de Dios vive intensamente el misterio de la Iglesia, repasa en los últimos años notas que ha tomado de Newmann, De Lubac, Congar, etc. Le obsesiona el tema de la Iglesia, a la que ve derrumbarse progresivamente en nuestros ambientes Aoccidentales≅, y concretamente en España. AProsigo los estudios, lecturas, meditaciones sobre la Iglesia. Con superlativo provecho, me parece... La tesis cierta de Congar: el genuino reformador -prefiero siempre: transformador- obra desde dentro, movido por el Espíritu que opera en la Iglesia. No recursos a realidades, pensamientos, modos de operaciones advenedizos de fuera; sino recurso a las entrañas maternas mismas de la Iglesia. Y desde ahí se reforma o se transforma todo. No he de buscar en las universidades, en las autoridades civiles, los modelos para las actuaciones eclesiales. Viceversa: he de vivir de maternas, eclesiales jugos; he de libar sus donaciones suculentísimas, y con ellas vivificar la universidad, la autoridad civil, etc.≅ (*Diario 13-I-1990*).

Vive con intensidad el XXV Sínodo Diocesano en sus cuatro etapas preparatorias (1987-1989) y le llega la muerte en la primera etapa de su celebración. El no era miembro sinodal, pero muchos miembros sinodales acudían a su consejo. Y estaba al corriente de lo que la Iglesia diocesana estaba gestando en el aula sinodal. Entendía que una gracia tan singular, si era aprovechada daría un fuerte impulso a la Iglesia diocesana. Si, por el contrario, fuera desaprovechada, constituiría una repulsa de la gracia de Dios, y una oportunidad perdida. AMeditar en el Sínodo; en los planes divinos en

él. Dados los designios paternos, yo tengo una función ignota, que excede con mucho lo que podría entender, lo que entiendo, y que influye acaso decisivamente, en la marcha de las faenas sinodales, y sobre todo en sus frutos. Que pienso que veo bien, a la luz de la fe, como decisivos para muchas personas y, verosíblemente, para la Iglesia toledana, Esposa de Cristo...≅ (*Diario 9-IV-1990*)

Cuentan que el cura de Ars quiso fugarse de su pueblo en varias ocasiones, y llegaron a tiempo para impedirlo. En el caso de Rivera, además de su intento de ingreso en la Cartuja allá por el año 1972 (no fue admitido por tener 46 años), en esta última etapa Dios fue acorralándole con la noche oscura de su inutilidad pastoral. Veía fruto, sí, pero era muy consciente del descenso general del influjo evangélico en el ambiente. Y pensaba que, en vez de predicar, debería retirarse a orar y a hacer penitencia por sus pecados y por los pecados del mundo. Su éxito pastoral era percibido más por los de fuera que por él mismo. A él cada vez se le hacía más palpable su propia pobreza, su pecado, su impotencia. Tenía la sensación de estar engañando, o peor incluso, de estar colaborando a ese derrumbamiento eclesial, sosteniendo aparentemente el edificio, pero no apoyándolo en sus fundamentos con los medios sobrenaturales que tanto había predicado.

Deseaba que llegara la jubilación para dedicarse a esta tarea, retirado y en silencio, penitente y escondido, sin recibir en jornadas agotadoras tanta gente a la que podría hacer mayor bien si expiara por ellos, si mereciera... Incluso acariciaba la posibilidad de escribir largamente sobre el tema, después de reflexionar más profundamente. Y, por supuesto, aspiraba a no tener asegurada≅ económicamente la jubilación, para poder vivir más directamente de la Providencia.

De nuevo, la obediencia le retuvo en el tajo de trabajo. Y salieron ganando todos los de su alrededor. Los pobres le buscaban, él se empeñaba más y más con ellos, había que atender las clases del Seminario, las charlas al curso de espiritualidad, la dirección espiritual de personas de toda clase y condición: sacerdotes, a los que visitaba en sus parroquias, personas consagradas, seglares de los distintos movimientos y grupos eclesiales. Un hombre universal. El 26 de diciembre de 1988 anota en su diario y comenta el voto de víctima por un sacerdote descarriado, al que acompaña hasta su reincorporación al ministerio en la primavera de 1991.

Últimos días, muerte y fama de santidad expandida

El 13 de marzo de 1991 avisaron que don José había sido ingresado en el hospital. Había celebrado la santa Misa en el Seminario de Santa Leocadia, y había desayunado con todos (en silencio, por ser cuaresma). Y tomó el autobús que le conducía a Los Yébenes (Toledo). Allí le esperaban algunos sacerdotes jóvenes que habían programado un pequeño retiro con él. En el viaje de autobús sintió un fuerte dolor con el que llegó hasta la casa parroquial. Los sacerdotes que le esperaban le ofrecieron su ayuda, primero llamando al médico del pueblo y posteriormente llevándole al hospital. El diagnóstico es claro: infarto de miocardio.

Por la tarde, se permite entrar a la visita a dos personas: su hermana Ana María y Demetrio, el rector del Seminario ASanta Leocadia≡.

-Los médicos dan un diagnóstico muy grave. Dios podría llevárselo en cualquier momento, le dice Demetrio.

-(Todavía me falta mucho para ser santo...!, responde él.

-Pero Dios puede concedérselo en un instante.

-Entonces, confiésame.

Y recibió devotamente el sacramento del perdón. Terminada la confesión, antes de despedirse, le dice a Demetrio:

-Hazte cargo de todas mis deudas.

En la visita vespertina, el capellán don Francisco Merchán le administra el sacramento de la Unción de Enfermos, que el siervo de Dios recibe con plena consciencia.

En la noche del 15 al 16 de marzo, del viernes al sábado, sufre dos paradas cardíacas. Los médicos temen por su vida. El jefe del servicio, Dr. Ayensa, explica cada día la evolución del paciente. Las esperanzas de vida son cada vez menores. Y en la tarde del 25 de marzo, lunes santo (la solemnidad de la Encarnación del Verbo quedaba por ello trasladada), a las 7 de la tarde entregó su alma a Dios en el Hospital AVirgen de la Salud≡ de la ciudad de Toledo.

Amortajado con vestiduras litúrgicas, es trasladado inmediatamente a la Capilla del Seminario de Santa Leocadia, donde fueron celebrándose Misas, una tras otra, en sufragio de su alma, según iban llegando sacerdotes

durante toda la noche y a la mañana siguiente. A las 5 de la tarde fue trasladado su cadáver a la Iglesia de los PP. Jesuitas para la misa exequial. Todos querían llevar su ataúd. Los seminaristas lo sacaron de su casa. Los gitanos lo introdujeron en la Iglesia. Los sacerdotes lo sacaron en la despedida final. Asistían el Sr. Cardenal-Arzobispo, don Marcelo, con su Obispo Auxiliar, don Rafael, y el Obispo dimisionario de Albacete, don Ireneo. Presidía don Demetrio con 140 sacerdotes concelebrantes. Terminadas las exequias, el cadáver fue trasladado y quedó depositado en la Facultad de Anatomía de la Universidad Complutense de Madrid, como había dejado escrito el siervo de Dios, para estudio de los universitarios.

Las expresiones de admiración fueron generales. La prensa de esos días es testigo de todo ello, incluido el premio a la popularidad otorgado por votación popular del diario Ya-Toledo. Llegaron testimonios de todo tipo de personas: cardenales, obispos, sacerdotes, personas consagradas, seculares de todos los lugares de España. Don Baldomero Jiménez Duque escribía a los pocos días de su muerte: A...estamos ante un caso de santidad sacerdotal extraordinaria y excepcional... Me gustaría que la Iglesia le quisiera glorificar≅.

Pasaron más de dos años, y el respeto hacia la persona del siervo de Dios había mantenido intacto su cadáver. El Sr. Cardenal-Arzobispo, don Marcelo, se dirigió al catedrático de Anatomía, Dr. Jiménez Collado, para pedirle el cadáver y enterrarlo en lugar apropiado: el Seminario Mayor Diocesano de Santa Leocadia. Así, el 24 de marzo de 1994 se celebraba el segundo funeral de cuerpo presente en la misma Iglesia de los PP. Jesuitas de la ciudad. A él le hubiera gustado pasar inadvertido. Había donado su cadáver por tres razones: por pobreza, pues de esa manera resultaban gratuitas las honras fúnebres; por caridad, para que alguien pudiera aprovecharse del mismo incluso después de muerto; y ... Apara que nadie supiera dónde estoy≅. También después de muerto tuvo que obedecer, pues dejaba toda su Ahacienda≅ (sólo le quedaba el cadáver) a disposición del Prelado.

En la misa exequial del 25 de marzo de 1991, primera de cuerpo presente, fueron pronunciadas estas palabras en la homilía: ASeñor Cardenal, haciéndome eco de los múltiples testimonios que durante estos días he recibido... pido a nuestra Santa Madre la Iglesia, representada aquí jerárquicamente por Su Eminencia, que en su día... se abra el Proceso que

investigue la fama de santidad y las virtudes de este hermano nuestro... De esta manera, el testimonio del que hemos gozado, como de un privilegio, todos los que le hemos conocido y le hemos tratado, podría pasar, si así lo juzga en su día oportunamente la Iglesia Santa, a ser patrimonio de toda la Iglesia Católica≅.

La fama de santidad fue serenamente ampliándose, como se extiende un perfume cuando se rompe el frasco y va inundando el ambiente. Favores y gracias obtenidas por su intercesión, cintas grabadas de los cientos que se han conservado, cuadernillos con algunas colecciones de sus escritos... se van extendiendo y llegan a otras muchas personas que no le han conocido en vida, pero quedan impresionadas por su espíritu de oración, por su mortificación, por su amor a los pobres hasta esos niveles.

Cada año, llegado el 25 de marzo, el Seminario de Santa Leocadia, que guarda sus restos en una preciosa cripta mudéjar, celebra un funeral por el eterno descanso de su alma. Y la Capilla se llena como en ningún otro día del año. Cumplidos cinco años, preside el nuevo arzobispo, Mons. Francisco Alvarez, que anuncia por sorpresa el inicio de los trámites para el Proceso de Canonización. Don Francisco ha conocido a don José en sus años de Salamanca, y al llegar a Toledo ha constatado la fama de santidad del siervo de Dios. Un sacerdote diocesano, que no haya fundado nada en la Iglesia, es difícil que tenga un proceso de canonización. En este caso, ha sido decisivo el interés de uno y otro arzobispo, el Sr. Cardenal don Marcelo y don Francisco, actual arzobispo de Toledo.

Los santos no brotan en el jardín de la Iglesia como retoños aislados y solitarios. Son siempre fruto del jugo fecundo de la Iglesia Madre que es Santa, en cuyo seno se produce el flujo y reflujo de otras muchas personas que caminan en santidad, esto es, en sintonía con la voluntad de Dios, además del influjo de los santos del cielo. En la biografía del siervo de Dios José Rivera Ramírez aparecen varias personas, cuyos procesos de canonización están en curso: aquí hemos citado a su hermano Antonio, a Manuel Aparici, al P. Nieto, s.j., al P. Aldama, s.j. Pero hay muchos otros. Y muchos más son todas aquellas personas de santidad escondida y muchos Apobres≅, cuyas taras psicológicas impedirían ser presentados como Asantos ejemplares≅, pero cuya santidad enriquece superlativamente la Casa de Dios. Todos ellos influyeron notablemente en la vida del siervo de Dios.

Quiera Dios que también nosotros, por los méritos de Jesucristo Redentor y la intercesión maternal de su santísima Madre, y por el influjo de las personas santas que El ha puesto en nuestro camino, lleguemos a la meta para la que hemos sido creados: A(Sed santos, porque yo vuestro Dios soy santo! \cong (*Lev 19,2*). ASed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto \cong (*Mt 5,48*)

Oremos todos por los que han de estudiar la vida, las virtudes y la fama de santidad del siervo de Dios José Rivera Ramírez, sacerdote diocesano de Toledo, que pasó de este mundo al Padre el 25 de marzo de 1991. Que puedan cumplir su tarea, como hoy juran solemnemente en el acto de apertura del proceso, para provecho de toda la Iglesia. Y preparemos nuestro corazón para vivir, si Dios lo quiere, los distintos pasos sucesivos que le conduzcan a la gloria de los altares.

(Sólo a Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo la gloria por los siglos de los siglos!

FECHAS MÁS SEÑALADAS DE SU BIOGRAFÍA

- 17 diciembre 1925: Nace en Toledo, plaza de Santa Isabel, 2. Cuarto hijo de José Rivera Lema y Carmen Ramírez Grisolía.
- 2 enero 1926: Bautismo en la parroquia de Santo Tomé. Toledo.
- 27 marzo 1927: Confirmación por el cardenal Reig en Santo Tomé.
- Junio 1933: Primera Comuni3n en Toledo
- 20 noviembre 1936: Muerte heroica de su hermano Antonio, Ael 3ngel del Alc3zar.
- cursos 1935-1942: Bachillerato en el Instituto (edificio Lorenzana-Toledo), en Aranda de Duero y 3ltimo curso en el SADEL-Toledo. Examen de Estado, en Madrid, julio 1942.
- curso 1942-1943: Universitario en Madrid: Primero de Filosofía y Letras.
- cursos 1943-1948: Ingreso en el Seminario Universidad de Comillas (Santander). Dos a3os, Humanidades. Tres a3os, Filosofía. Licenciado en Filosofía
- cursos 1948-1953: Estudios de Teología en Universidad Pontificia de Salamanca, cuatro a3os.
- 15 abril 1949: Primera Tonsura clerical, en palacio episcopal Salamanca. Mons. Barbado, o.p.
- 16 diciembre 1950: Ordenes de Ostiario y Lector, en Salamanca.
- 24 marzo 1951: Ordenes Exorcista y Ac3olito, en Salamanca.
- 6 julio 1952: Ordenaci3n de Subdi3cono, a t3tulo de patrimonio, en capilla Seminario de Calatrava, Salamanca. Mons. Barbado, o.p.
- 20 diciembre 1952: Ordenaci3n de Di3cono, en Catedral de Toledo (con Agust3n Lozano, di3cono y Mariano Merch3n, subdi3cono). Cardenal Pla y Deniel.
- 4 abril 1953: Ordenaci3n de Presb3tero, en palacio arzobispal Toledo. Cardenal Pla y Deniel.
- 7 julio 1953: Coadjutor de Santo Tomé. Toledo
- 28 junio 1955: Ec3nomo de Totanés (Toledo). Verano 1956: obtiene por concurso la parroquia.
- primavera 1956: Director espiritual adjunto en El Salvador (antes, Santiago) de Salamanca con don Javier 3lvarez de Toledo. Rector: don Ignacio Zulueta.
- septiembre 1957: Director espiritual del Hispanoamericano. Rector, don Gaspar.
- oto3o 1963-mayo 1964: Noviciado Hermanos de San Juan de Dios, Santurce y

- Valladolid.
- 18 octubre 1965: Vicedirector Casa Diocesana de Ejercicios de Toledo
 curso 68-69: Curso de Espiritualidad con seminaristas en Casa Diocesana de Ejercicios de Talavera.- marzo 1969: Llega cardenal Tarancón a Toledo
- curso 1970-1971: Director espiritual del Seminario Mayor Diocesano de Palencia.
 curso 1972-1973: Profesor del tratado de Gracia en Palencia
 curso 1975-1976: Vuelta a Toledo. Profesor del Seminario Mayor y confesor.
 curso 1977-1978: Curso de espiritualidad Casa Sacerdotal de Toledo
- 1 febrero 1978: Instalación de Smo. Sacramento en su oratorio doméstico.
 15 febrero 1979: Capellán de Jesús y María.
 11 junio 1983: Comienza A Centro Santa Leocadia ≡ para vocaciones de adultos, erigido como Seminario Mayor el 20 julio 1985.
- Enero 1987: Donación de la casa familiar al arzobispado.
 26 diciembre 1988: Se ofrece con voto como víctima por un sacerdote descarriado
- 13 marzo 1991: Infarto de miocardio en Los Yébenes (Toledo)
 25 marzo 1991: muerte, exequias, depósito del cadáver en Facultad Anatomía
- 24 marzo 1994: Prof. Jiménez Collado entrega el cadáver al Sr. Cardenal. Segundo funeral del cuerpo presente en PP. Jesuitas de Toledo.
- 24 marzo 1996: Mons. Francisco Álvarez, arzobispo de Toledo, anuncia proceso
- 21 noviembre 1998: Apertura del proceso de canonización.

INDICE

Presentación

Instancia del Postulador

Carta Pastoral

"Recibir la gracia"

"Enamorado solo de Cristo"

Homilía de Apertura

Breve Biografía del siervo de Dios

FUNDACIÓN "JOSÉ RIVERA"

Cuadernos publicados:

- N. 1: "José Rivera. IN MEMORIAM".
- N. 2: "José Rivera. TESTIMONIOS I" (Agotado).
- N. 3: "La Teología". 20 Ed.
- N. 4: "El Espíritu Santo". 30 Ed.
- N. 5: "La Eucaristía". 20 Ed.
- N. 6: "La Caridad". 20 Ed.
- N. 7: "Meditaciones sobre Ezequiel".
- N. 8: "El Adviento" (Agotado. Ver N. 18).
- N. 9: "Meditaciones sobre Jeremías".
- N. 10: "La Cuaresma". 20 Ed.
- N. 11: "Meditaciones sobre los Hechos de los Apóstoles".
- N. 12: "CARTAS I".
- N. 13: "Semana Santa". 20 Ed.
- N. 14: "Meditaciones sobre el Evangelio de San Marcos".
- N. 15: "La vida seglar".
- N. 16: "La mediocridad".
- N. 17: "CARTAS II".
- N. 18: "Adviento - Navidad" (Agotado).
- N. 19: "Jesucristo". 20 Ed.
- N. 20: "POEMAS".

Pedidos a: **FUNDACIÓN "JOSÉ RIVERA"**

Apdo. 307 45080-TOLEDO

La **FUNDACIÓN "JOSÉ RIVERA"** distribuye gratuitamente estos Cuadernos. Para los donativos, ingresar en:
TOLEDO, Banco Central Hispano,
C/C 0049-2604-41-1811068090

Toledo, 20 de Febrero de 2000

